

*La
dictadura
del
proletariado*

Karl Kautsky

Alejandría Proletaria



Valencia, noviembre de 2018
germinal_1917@yahoo.es

Redactado en el verano de 1918,
publicado por Ignaz Brand bajo el título
Die Diktatur des Proletariats,
Viena, 1918

Índice

II El problema	3
II La democracia y la conquista del poder político	4
III Democracia y madurez del proletariado	7
IV Los efectos de la democracia	12
V La dictadura	19
VI Asamblea constituyente y soviets	26
VII La República Soviética	30
VIII La enseñanza objetiva	37
IX El legado de la dictadura	42
La agricultura	42
La industria	49
X La nueva teoría	55

II El problema

La actual revolución rusa ha hecho, por primera vez en la historia mundial, de un partido socialista el amo de un gran imperio. Acontecimiento este mucho más grandioso que la toma del poder en la ciudad de París, por parte del proletariado, en marzo de 1871. Pero, en un punto importante, la Comuna de París se encontraba por encima de la república soviética. Ella fue la obra de todo el proletariado. Todas las tendencias socialistas participaron en ella; ninguna se separó de ella o fue rechazada por ella.

Por el contrario, el partido socialista que gobierna hoy a Rusia llegó al poder en lucha contra otros partidos socialistas. Ejerce el poder excluyendo de sus corporaciones gubernamentales a los otros partidos socialistas.

La contradicción entre ambas tendencias socialistas no radica en cuestioncillas de celos personales, sino que es la contradicción entre dos métodos fundamentalmente distintos: el *democrático* y el *dictatorial*. Ambas tendencias quieren lo mismo: liberar al proletariado (y con él, a la humanidad) mediante el socialismo. Mas el camino que siguen los unos es considerado por los otros como un camino falso que lleva a la perdición.

Resulta imposible permanecer indiferente ante un acontecimiento tan gigantesco como el de la lucha proletaria en Rusia. Cada uno de nosotros se ve impelido a tomar partido, a tomar vehementemente partido. Y tanto más impelido por cuanto esos problemas que ocupan hoy a nuestros camaradas rusos podrían alcanzar mañana una significación práctica también en la Europa Occidental, sí, puesto que ya hoy influyen decisivamente en el tipo de nuestra propaganda.

Sin embargo, en esa querrela rusa entre hermanos, nuestro deber de partido consiste en no decidirnos por una parte o por otra antes de haber sopesado profundamente los argumentos de ambas.

Algunos camaradas quieren impedir que hagamos eso. Consideran que es nuestro deber el que nos decidamos por aquella tendencia del socialismo ruso que se encuentra manejando el timón. Según ellos, cualquier actitud distinta pondría en peligro a la revolución y hasta al mismo socialismo. Pero esto no significa más que el tomar por comprobado lo que precisamente ha de ser objeto de estudio: el que una tendencia haya seguido el camino justo y nosotros debamos animarla a proseguirlo.

Se comprende que al exigir libertad de palabra pisamos el terreno de la democracia. La dictadura no significa refutación de la opinión contraria, sino opresión violenta de su manifestación. De esta forma, ambos métodos, el de la democracia y el de la dictadura, se enfrentan ya irreconciliablemente antes de que la discusión haya comenzado. El uno la fomenta, el otro la prohíbe.

Por lo pronto, en nuestro partido no impera todavía la dictadura; aún discutimos libremente. Y consideramos no sólo como nuestro derecho, sino también como nuestro deber, el expresar libremente nuestras opiniones; pues sólo tras haber escuchado todos los argumentos es posible tomar una decisión objetiva y productiva. Como es sabido, el discurso que pronuncia un hombre no es el discurso de ese hombre. Hay que saber escucharlo con espíritu crítico.

Por esto vamos a investigar a continuación la significación que tiene la democracia para el proletariado, lo que entendemos por dictadura del proletariado y las condiciones que le crea la dictadura, como forma de gobierno, a la lucha de liberación del proletariado.

II La democracia y la conquista del poder político

A veces se distingue entre la democracia y el socialismo, es decir: la socialización de los medios de producción y de la producción, y de tal forma que se llega a decir: este es nuestro objetivo final, el fin de nuestro movimiento, y la democracia un simple medio para ese fin; medio que, bajo determinadas circunstancias, puede ser ineficaz y hasta perjudicial.

En realidad, el socialismo no es nuestro objetivo final, sino que este consiste en la supresión “de todo tipo de explotación y opresión; se dirige contra una clase, un partido, una casta, una raza” (programa de Erfurt).

Tratamos de alcanzar ese objetivo apoyando la lucha de clases proletaria, porque el proletariado, como la clase más baja, no puede liberarse sin acabar con todas las causas de explotación y opresión, y porque el proletariado industrial es, entre las capas explotadas y oprimidas, la que crece cada vez más en fuerza, capacidad de lucha y voluntad de combate, siendo inevitable su victoria final. Por eso, hoy en día, todo verdadero adversario de la explotación y la opresión ha de participar, independientemente de la clase a la que pertenezca, en la lucha proletaria.

El modo de producción socialista es el que nos colocamos como meta en esa lucha porque, dadas las actuales condiciones técnicas y económicas, aparece como el único medio para alcanzar nuestro objetivo. Si se nos demostrara que nos equivocamos, que, por ejemplo, la liberación del proletariado y de la humanidad sólo se puede o es más fácil de alcanzar sobre la base de la propiedad privada sobre los medios de producción (tal como decía Proudhon incluso), entonces tendríamos que arrojar al socialismo por la borda, sin renunciar en lo más mínimo a nuestro objetivo final; sí, hasta tendríamos que hacerlo, precisamente, en interés de nuestro objetivo final.

O sea, que la democracia y el socialismo no se diferencian en que la una sea medio y el otro fin; ambos son medios para el mismo fin.

La diferencia entre ambos está en otras cosas. El socialismo como medio para liberación del proletariado sin democracia, resulta inimaginable.

Por cierto, la producción social es posible sobre bases distintas a la democrática. Bajo relaciones subdesarrolladas, una economía comunista podría convertirse precisamente en base del despotismo. Esto lo constataba Engels ya en 1875 en relación al comunismo de aldea, tal como se ha mantenido en Rusia y en la India hasta nuestros días (*Soziales aus Rubland*, “Volksstaat”, 1875).

La política colonial holandesa en Java se apoyó durante un tiempo (bajo el llamado “sistema cultural”) en el comunismo de tierra para organizar la producción agrícola del gobierno que explotaba al pueblo.

El ejemplo más genial de una organización no democrática del trabajo social lo ofreció, en el siglo XVIII, el estado jesuita del Paraguay. Los jesuitas, como clase superior, organizaron allí dictatorialmente el trabajo de la población aborigen de una forma que es realmente digna de admiración, sin uso de la violencia, sí, hasta conquistándose las simpatías de sus súbditos.

Sin embargo, un régimen patriarcal de tal tipo sería insoportable para hombres modernos. Sólo es posible bajo aquellas circunstancias en las que los gobernantes están, en cuanto al saber, muy por encima de sus gobernados, y éstos se encuentran

absolutamente imposibilitados de ponerse inmediatamente a su misma altura. Una capa o una clase que mantenga una lucha de liberación no puede ponerse como meta un sistema así de tutelaje; tendrá que rechazarlo con decisión.

Así que para nosotros el socialismo es impensable sin democracia. Por socialismo moderno no entendemos sólo organización social de la producción, sino también organización democrática de la sociedad. Por consiguiente, para nosotros el socialismo está indisolublemente ligado a la democracia. No hay socialismo sin democracia.

Sin embargo, no se puede invertir así como así esta frase. La democracia es muy posible sin socialismo. Aun la democracia pura es imaginable sin socialismo; por ejemplo, en comunidades de pequeños campesinos, en los que impera, para cada quien, la igualdad absoluta en las relaciones económicas sobre la base de la propiedad privada sobre los medios de producción.

En todo caso, puede decirse que la democracia es posible sin socialismo y antes que él. Y es esa democracia presocialista, evidentemente, en la que piensan aquellos que opinan que la democracia se comporta ante el socialismo como el medio ante el fin, para lo cual se apresuran a añadir que en realidad no es un medio para un fin. Hay que refutar con decisión esta coletilla; si tuviese general aceptación llevaría a nuestro movimiento por funestos caminos.

¿Por qué ha de ser la democracia un medio ineficaz para alcanzar el socialismo?

Se trata de la conquista del poder político. Se dice que si en un país que ha venido siendo gobernado democráticamente surgiese la posibilidad de que los socialdemócratas obtuviesen la mayoría en las elecciones al parlamento, entonces las clases dominantes emplearían todos los medios de poder de que disponen para impedir el gobierno de la democracia. De ahí que el proletariado no pueda conquistar el poder político por medio de la democracia, sino por medio de la revolución.

No puede haber duda en que allí donde el proletariado vaya adquiriendo poder en un estado democrático, habrá que contar con los intentos de las clases dominantes por utilizar medios de violencia con el fin de impedirle el ejercicio de la democracia a la clase en ascenso. Pero con ello no se ha probado la falta de valor de la democracia para el proletariado. Si las clases dominantes apelasen a la violencia, en las condiciones aquí planteadas, esto sucedería precisamente por temor a las causas de la democracia. Y sus actos de violencia no serían más que el derrocamiento de la democracia.

O sea, que de los esperados intentos de las clases dominantes por liquidar la democracia no se desprende la invalidez de la democracia para el proletariado, sino más bien la necesidad que tiene el proletariado de defender a sangre y fuego la democracia. Naturalmente, si se le hace creer al proletariado que la democracia no es más, en el fondo, que una decoración carente de valor, entonces no podrá aportar las fuerzas necesarias para su defensa. Sin embargo, las masas del proletariado se aferran por doquier tanto a sus derechos democráticos que no puede esperarse que renunciases pasivamente a ellos. Por el contrario, antes es de esperar que defiendan sus derechos con tal tesón que si la parte opuesta tratase de destruir el derecho popular por medio de la violencia, la decidida defensa del mismo conduciría a un cambio político. Y esto es tanto más de esperar cuanto más aprecie el proletariado a la democracia, cuanto más apasionadamente busque su amparo.

Por otra parte, tampoco hay que creer que el curso que aquí hemos apuntado de los acontecimientos tenga que ser inevitable en todas partes. No tenemos ninguna necesidad de ser tan pusilánimes. Cuanto más democrático sea el estado, tanto más dependerán los medios de poder del gobierno (aun los militares) del ambiente popular (milicia). Esos medios de poder pueden convertirse, también en la democracia, en un

medio para sofocar los movimientos proletarios, cuando el proletariado es todavía numéricamente débil, por falta de organización o por dependencia espiritual. Pero si el proletariado, en un estado democrático, se fortalece tanto que llega a bastarse a sí mismo en número y fuerza para conquistar el poder político mediante la utilización de las libertades existentes, entonces le resultará bien difícil a la “dictadura capitalista” el reunir los medios necesarios de poder para aniquilar violentamente a la democracia.

Marx consideraba posible de hecho, y hasta probable, que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos el proletariado conquistase el poder político por vía pacífica. Después de finalizado el Congreso de La Haya de la Internacional en 1872, Marx pronunció un discurso en una asamblea popular en Ámsterdam, en el que expuso, entre otras cosas:

El obrero ha de tener algún día en sus manos el poder político para fundar la nueva organización del trabajo. Ha de derrocar la vieja política, que mantiene a las viejas instituciones, si no quiere renunciar como los antiguos cristianos (quienes descuidaron y despreciaron tales cosas) al “Reino de este mundo”.

Pero no hemos afirmado que hayan de ser iguales en todas partes los caminos para llegar a ese fin.

Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diversos lugares, y no negamos que haya países, como Estados Unidos, Inglaterra y, si conociere mejor vuestras organizaciones añadiría, quizás, Holanda, en los que los obreros pueden alcanzar sus objetivos por vía pacífica. Pero este no es el caso en todos los países.

Queda por esperar si se cumple o no la predicción de Marx.

Es evidente que en los estados mencionados existen capas de las clases poseedoras en las que aumenta la tendencia a hacer uso de la violencia en contra del proletariado. Pero también existen otras capas entre las que aumenta su respeto por el poder creciente del proletariado y su deseo de tenerlo satisfecho mediante concesiones (pese a que el estado de guerra restringió fuertemente por doquier, durante todo el tiempo de su duración, la libertad del movimiento político de las masas populares, esto le trajo al proletariado inglés una ampliación importante del derecho electoral). Todavía no puede precisarse de qué manera influirá la democracia, en los diversos estados, sobre las formas de la conquista del poder político por parte del proletariado y en qué medida hará que tanto de un lado como del otro sean evitados los métodos violentos y se apele únicamente a los pacíficos. En ningún caso será insignificante, al particular, la existencia de la democracia. En una república democrática, en la que los derechos populares se encuentran firmemente arraigados desde décadas, quizás siglos (derechos estos que el pueblo ha conquistado e impuesto o ampliado mediante revolución, educando así a las clases dominantes en el respeto a las masas populares), en una comunidad tal, las formas de transición serán, con toda seguridad, distintas a las de un estado en el que un despotismo militar haya venido disponiendo ilimitadamente de los medios de poder más poderosos frente a las masas populares y esté acostumbrado a mantenerlas con ellos en jaque.

Pero con la influencia de la democracia sobre las formas de transición hacia el régimen proletario no se agota su importancia para nosotros. Para nosotros cobra la mayor importancia en ese período por su influencia en la madurez del proletariado.

III Democracia y madurez del proletariado

El socialismo exige condiciones históricas especiales que le hacen posible y necesario. Esto es generalmente admitido. Sin embargo, no existe en modo alguno una unidad de criterio entre nosotros en lo que respecta a la cuestión sobre las condiciones que han de darse para que sea posible un socialismo moderno, o sea: cuándo está maduro un país para el socialismo. Esa falta de unidad en una cuestión tan importante no es precisamente alentadora, aun cuando tiene algo de prometedor esa necesidad que tenemos de ocuparnos ahora del problema. Pues esa necesidad proviene de que el socialismo ha dejado de ser para la mayoría de nosotros algo que esperábamos que sucediese después de siglos, al igual que tuvimos que enfocar desde otro ángulo muchas cosas, ya al principio de la guerra. El socialismo, como problema práctico, está a la orden del día en el momento actual.

¿Cuáles son, pues, las premisas para la implantación del socialismo?

Toda actuación humana consciente presupone una voluntad. La *voluntad* de lograr el socialismo es la primera premisa para su implantación. Esa voluntad es creada por la gran empresa. En la sociedad en la que predomina la pequeña empresa la masa de la población se compone de los propietarios de las empresas. El número de los desposeídos es pequeño. Quien no tiene propiedad ve su ideal en la adquisición de una pequeña propiedad. Ese deseo puede adoptar, en determinadas circunstancias, formas revolucionarias, pero la revolución social que engendre no será socialista; pretenderá únicamente la redistribución de los bienes existentes, y de tal forma que cada quien se convierta en propietario. La pequeña empresa crea constantemente la voluntad de mantener o adquirir la propiedad privada sobre los medios de producción con los que se trabaja, y no la voluntad de lograr la propiedad social y el socialismo.

Esa voluntad surge por primera vez en las masas allí donde la gran empresa está ya muy desarrollada y donde es indiscutible su superioridad sobre la pequeña empresa, donde la disolución de la gran empresa representaría un retroceso y sería imposible, donde el obrero de la gran empresa sólo puede alcanzar la propiedad sobre los medios de producción en una forma social, donde las pequeñas empresas, en la medida en que puedan mantenerse, sólo van desmoronándose, de tal manera que sus propietarios no les extraen gran provecho. Así se despierta la voluntad de alcanzar el socialismo.

Con la gran empresa surge también la *posibilidad* material de su realización. Cuanto mayor sea el número de las empresas en un país y cuanto más amplia sea su independencia entre sí, tanto más difícil será organizarlas socialmente. La dificultad desaparece en la medida en que el número de las empresas disminuye y las relaciones entre ellas se vuelven más regulares y firmes. Finalmente, junto a la *voluntad* y a la base material, han de existir en cierta medida tanto la *materia prima* del socialismo como también *la fuerza que la realizará*. Aquellos que desean el socialismo han de fortalecerse, han de ser más fuertes que aquellos que no lo desean.

También ese factor es creado mediante el desarrollo de la gran empresa, el cual significa: aumento del número de los proletarios, de aquellos que tienen interés por el socialismo, y disminución del número de los capitalistas. Es decir, disminución relativa en relación con el número de proletarios. En relación con las capas intermedias no proletarias, pequeños campesinos y pequeños burgueses, puede aumentar durante un

tiempo el número de capitalistas. Pero lo más rápido que crece en el estado es el proletariado.

Todos estos factores surgen directamente del desarrollo económico. No se presentan por sí solos, sin la intervención humana, pero se presentan por sí solos, sin la intervención del proletariado, solamente mediante la actuación de los capitalistas, quienes están interesados en el crecimiento de sus grandes empresas. Ese desarrollo es, en primer lugar, urbano e industrial. El agrario sólo nos ofrece un débil eco del mismo. El socialismo partirá de las ciudades, de la industria, pero no de la agricultura. Pero para que pueda ser realizado es necesario un cuarto factor junto a los antes mencionados: el proletariado no sólo ha de tener interés por el socialismo, no sólo ha de encontrar dadas sus condiciones materiales y tener la fuerza para apoderarse de ellas, ha de tener también la *capacidad* para mantenerlas y emplearlas correctamente. Sólo entonces podrá ser realizado el socialismo como modo de producción duradero.

O sea, a la madurez de las *relaciones*, del nivel necesario de desarrollo industrial, ha de añadirse, por consiguiente, la *madurez del proletariado*, si es que el socialismo ha de ser posible. Pero ese factor no es creado por el desarrollo industrial, por la actuación de las ansias capitalistas de ganancia, sin intervención del proletariado, pues ha de ser conquistado por éste en oposición del capital.

Bajo el predominio de la pequeña empresa se degradan los desposeídos en dos capas: para unos, artesanos o jóvenes hijos de campesinos, el desposeimiento es sólo un período de transición. Esperan convertirse en propietarios un buen día, tienen interés por la propiedad privada. Todo el resto de desposeídos forman el lumpenproletariado, capa esta, innecesaria para la sociedad, de indeseables parásitos sin educación, sin conciencia y sin unión. Están dispuestos, naturalmente, allí donde pueden, a expropiar a los poseedores, pero no están dispuestos ni están en condiciones de llevar a cabo una nueva reforma económica.

El modo de producción capitalista se apodera de esos desposeídos, que en los comienzos del capitalismo se reproducen en masa. De innecesarios, y hasta perjudiciales parásitos, hace de ellos el capitalismo la base económica indispensable de la producción y, con ella, de la sociedad. Al igual que hace aumentar su número, provoca un aumento de su fuerza, pero dejándolos en su incultura, brutalidad e incapacidad. Hasta trata de rebajar a toda la clase trabajadora a su nivel. Sí, mediante el trabajo excesivo, la monotonía embrutecedora del mismo, mediante el trabajo de mujeres y niños lleva, con frecuencia, a las clases trabajadoras a un nivel intelectual aún más bajo que el del lumpenproletariado. La depauperización del proletariado aumenta entonces en espantosas proporciones.

De ahí surge el primer impulso hacia el socialismo como deseo de acabar con la creciente miseria de las masas. Pero esa miseria pareciera incapacitar también para siempre al proletariado para liberarse a sí mismo. La compasión burguesa ha de salvarlo, ha de llevarle el socialismo.

Pronto se muestra que nada se puede esperar de esa compasión. Una fuerza suficiente como para llevar a cabo el socialismo sólo puede esperarse de aquéllos que están interesados en él: de los proletarios. Pero, ¿no se habían degradado acaso sin esperanzas? A fin de cuentas, no todos. Todavía había capas aisladas que habían conservado la fuerza y el valor para la lucha en contra de la miseria. Ese pequeño grupo debería realizar lo que no pudieron hacer los utopistas; debería conquistar el poder estatal mediante un golpe de mano y apoyándose en él darle el socialismo a los proletarios. Tal fue la concepción de Blanqui y de Weitling. Los proletarios, quienes eran demasiado incultos y demasiado abyectos como para organizarse y gobernarse a sí mismos, tendrían que ser organizados y gobernados por un gobierno formado de su

élite, de arriba hacia abajo, algo así como los jesuitas del Paraguay organizaron y gobernaron a los indios.

Weitling esperaba la dictadura de uno solo, quien, a la cabeza de un victorioso ejército de la revolución, fuese a realizar el socialismo; él lo llamó el mesías:

“Veo venir al nuevo mesías blandiendo la espada para realizar las enseñanzas del primero.

Por su valentía será puesto a la cabeza del ejército revolucionario, aniquilará al viejo orden social junto a su podrida estructura, llevará los ríos de lágrimas al mar del olvido y convertirá a la tierra en un paraíso.” (De *Garantien der Harmonie und Freiheit*, 3ª ed., 1849, pág. 312)

Esperanza esta tan grandiosa como exaltante. Pero se basa únicamente en la confianza de que el ejército revolucionario encontrará al hombre adecuado. Pero cuando no se mantiene esa creencia en el mesías, cuando se llega al convencimiento de que sólo el proletariado podrá liberarse a sí mismo, de que el socialismo estará condenado a seguir siendo una utopía mientras el proletariado no haya alcanzado la capacidad de autogobierno en todas las organizaciones de que se apodere, es decir, también en el estado, cuando se cree todo esto, ¿no se proclamaría así entonces la inanidad del socialismo, teniendo en cuenta la depauperización del proletariado por parte del capitalismo? Así lo parece. Pero praxis y teoría muestran pronto una salida. En Inglaterra el proletariado industrial fue al principio un fenómeno de masas, aun cuando allí encontró algunos indicios de derechos democráticos, algunas posibilidades de organización y de propaganda, y la burguesía, en la lucha que mantenía en contra de la nobleza por el derecho electoral, hasta los exhortó a la lucha.

En los sindicatos y en las asociaciones cartistas surgieron los orígenes del movimiento obrero, de la resistencia del proletariado contra la depauperización y la injusticia, comenzaron sus huelgas y sus grandes luchas por el derecho electoral y una jornada humana de trabajo.

Marx y Engels supieron apreciar a tiempo la significación de ese movimiento. No es la “teoría de la depauperización” lo que caracteriza a Marx y a Engels. Esta la compartían con todos los socialistas. Se elevaron sobre ella en la medida en que no sólo reconocieron la tendencia capitalista hacia la depauperización, sino también la contratendencia proletaria, y en ella, en la *lucha de clases*, el gran factor que habría de elevar al proletariado y de otorgarle aquellas capacidades que necesita para que no fuese a ocupar en alguna ocasión temporalmente el poder político, lo que podría ser un éxito producto de la casualidad, sino para que estuviese también en capacidad de imponer y utilizar el poder. La lucha de clases proletaria, como lucha de masas, presupone, sin embargo, la democracia. Aun cuando no sea precisamente la “indispensable” y “pura democracia”, al menos tanta democracia como sea necesaria para organizar a las masas y hacer entre ellas un trabajo regular de esclarecimiento. Y esto no podrá suceder jamás en la forma necesaria por vías secretas. Octavillas aisladas no pueden suplir a una amplia prensa cotidiana. Secretamente no pueden ser organizadas las masas, y, sobre todo, una organización secreta no puede ser una organización democrática. Esta conduce continuamente a la dictadura de un solo individuo o de un pequeño número de dirigentes. El común de los militantes sólo puede servir de herramienta ejecutora. Bajo condiciones de falta total de la democracia se le impone a las capas oprimidas un estado de cosas similar, pero con ello no se fomentan el autogobierno y la independencia de las masas, aunque sí la conciencia de mesías de los dirigentes y sus hábitos dictatoriales.

El mismo Weitling, quien tanto ensalzaba el papel del mesías, se pronuncia con gran desprecio por la democracia:

“Los comunistas todavía se encuentran bastante indecisos sobre la elección de su forma de gobierno. Una gran parte de ellos en Francia tiende a la dictadura, porque saben muy bien que el dominio del pueblo, tal como lo entienden los republicanos o más bien los políticos en general, no es apto para el período de transición que se encuentra entre una organización vieja y una nueva y perfecta. Cabet le ha cogido, sin embargo, a los republicanos el principio del poder popular, aunque en forma muy inteligente sabe colgárselo, durante el período de transición, a una dictadura casi imperceptible. Owen, finalmente, el jefe de los comunistas ingleses, pretende que toda persona cumpla una determinada función, de acuerdo a su edad, y que, por consiguiente, los más altos dignatarios de la administración sean al mismo tiempo los miembros de más edad. Todos los socialistas (excepción sea hecha de los partidarios de Fourier, a quienes todas las formas de gobierno le son indiferentes) están de acuerdo en que la forma de gobierno que se ha dado en llamar poder del pueblo representa una base inservible y hasta peligrosa para el joven principio de la comunidad, que ha de ser realizado primero.” (*Garantien...*, pág. 147)

Weitling va aún más allá. Él no quiere saber nada de democracia en una sociedad socialista:

“Si el concepto de *poder del pueblo* ha de ser adecuado, entonces *todos* han de gobernar; pero esto nunca puede ser el caso, por eso no es un gobierno del pueblo, sino el gobierno casual de *algunos* del pueblo” (pág. 148).

Weitling quiere que gobierne el mayor genio. Este ha de ser reconocido mediante la solución de temas propuestos por asambleas científicas. He citado ampliamente a Weitling para que se vea que el desprecio por la democracia, que ahora se nos quiere presentar como el más novedoso conocimiento, es bastante viejo y se corresponde a un estado completamente primitivo del movimiento obrero. En el mismo tiempo en que Weitling rechazaba despectivamente el sufragio universal y la libertad de prensa, los obreros ingleses luchaban por esos derechos, y Marx y Engels se ponían de su lado.

Desde entonces la clase obrera de toda Europa ha ido conquistando, en numerosas y, a veces, sangrientas luchas, un escalón tras otro de la democracia. Y en la lucha por obtener, defender y ampliar la democracia, así como en el continuo aprovechamiento de todo asomo de democracia para la organización, para la propaganda y para implantar reformas sociales, el proletariado ha ido ganado en madurez año tras año, se ha elevado de las más bajas capas hasta las más altas de las masas del pueblo.

¿Ha alcanzado con ello la madurez que necesita el socialismo? ¿Y están ya dadas también sus otras condiciones? Esta cuestión es hoy muy discutida, afirmada tan decisivamente por unos como lo es negada por otros. Ambas posiciones me parecen a mí muy precipitadas. La madurez para el socialismo no es una cosa que pueda establecerse estadísticamente ni calcularse antes de que estemos en condiciones de hacer la prueba práctica. En todo caso, al exponer la cuestión de las premisas materiales del socialismo se comete el error de colocarla en un primer plano, como sucede tan frecuentemente. Ciertamente, si en un determinado nivel de desarrollo de la gran empresa el socialismo no es posible, pero si se afirma que el socialismo solamente será aplicable cuando el capitalismo ya no esté en condiciones de seguir desarrollándose, falta toda prueba de por qué esto ha de ser así. Lo único justo es que el socialismo es tanto más fácil de realizar cuanto más evolucionado esté la gran empresa, o sea, cuanto menos empresas haya que organizar socialmente. Pero esto sólo es aplicable al problema desde el punto de vista de un determinado estado. La simplificación del problema en esos marcos actúa, sin embargo, en contra. Pues con el crecimiento de la

gran empresa marcha paralela el crecimiento de su mercado, de la división internacional del trabajo y del comercio internacional, y con ello se amplía y complica el problema de la organización social de la producción. Por otra parte, no existe ninguna razón para aceptar que en los modernos estados industriales, con su estructura bancaria y sus organizaciones empresariales, que no vaya a ser posible la organización de la mayor parte de la producción por vía social mediante el estado, las comunidades y las cooperativas de consumo.

Lo decisivo ya no es el factor material, sino el personal: ¿es el proletariado lo suficientemente fuerte e inteligente para tomar en sus propias manos esa reglamentación social? Es decir, ¿tiene él la fuerza y la capacidad para trasladar la democracia del campo de la política al terreno de la economía? Esto no se puede predecir con certeza, pues se trata de un factor que en diversos estados se encuentra a diversos niveles de desarrollo y que, en un mismo país, puede oscilar en diversos tiempos. Pues fuerza y capacidad suficientes son conceptos muy relativos. La misma medida de fuerza puede ser hoy insuficiente si los enemigos son fuertes, y suficiente mañana si esos han sufrido un descalabro moral o económico o militar.

E igualmente, la misma medida de capacidad puede fallar hoy si se empuña el timón en una situación altamente complicada, y puede estar mañana a la altura de todas las circunstancias si, mientras tanto, se han presentado condiciones más sencillas o económicamente mejor fundamentadas. Sólo la praxis puede mostrarnos en cada caso si el proletariado se encuentra ya verdaderamente maduro para el socialismo. Con certeza sólo puede afirmarse lo siguiente: el proletariado crece continuamente en número, fuerza e inteligencia y se acerca cada vez más al punto culminante de su madurez. Pero, con anterioridad, no puede establecerse cuándo ha sido alcanzado ese punto. No puede asegurarse con precisión, pues está ya dado cuando el proletariado forma la mayoría del pueblo y le lleva a éste, gracias a su mayoría, la voluntad por el socialismo. Por el contrario, puede afirmarse con precisión que un pueblo todavía no está maduro para el socialismo mientras la mayoría de las masas del pueblo mantengan una actitud adversa al socialismo y no quieran saber nada de él.

Y así nos encontramos de nuevo con la democracia, que no sólo provoca lo más rápidamente posible la madurez del proletariado, sino que permite reconocer también lo más rápidamente posible, cuándo ésta ha sido alcanzada.

IV Los efectos de la democracia

El estado moderno es un organismo rígido y centralizado, una organización que forma el mayor poder en el seno de la sociedad moderna y que influye sobre el destino de cada quien de una forma contundente, lo que se manifiesta en la forma más brutal en caso de una guerra. Entonces siente cada quien en qué medida su propia existencia viene determinada por la política del poder estatal.

El estado es hoy en día lo que la familia y la comunidad solían ser para el individuo. Pero si aquellas comunidades estaban democráticamente organizadas, el moderno poder estatal, con su burocracia y su ejército, por el contrario, se eleva sobre la población y alcanza tal fuerza que hasta puede llegar a formar temporalmente un gobierno absoluto, elevándose políticamente sobre las clases dominantes en los campos social y económico.

Pero este estado no es duradero en ninguna parte. El dominio absoluto de la burocracia conduce a un anquilosamiento y a la caída en un formalismo interminablemente aparatoso, y esto precisamente en una época en la que surge el capitalismo industrial, el modo más revolucionario de producción, el cual le impone un cambio constante a todas las condiciones económicas y sociales, imprimiéndole un acelerado ritmo a la vida comercial y exigiendo las más rápidas decisiones.

Al particular, el dominio absoluto de la burocracia conduce a la arbitrariedad y a la corrupción; un sistema de producción social como el capitalista, en el que cada productor depende de muchos otros, exige, no obstante, para su florecimiento, la seguridad y la legalidad de las relaciones sociales.

De ahí que el estado absolutista entre en una contradicción cada vez más grande con las condiciones de producción, y convirtiéndose en traba de las mismas. Sería de imperiosa necesidad el someter a crítica pública a los órganos del poder estatal, el colocar junto a la organización estatal organizaciones libres de ciudadanos, el establecer la autoadministración de las comunidades y provincias, quitándole al aparato burocrático el poder de legislar y sometiéndolo al control de una asamblea central libremente elegida por el pueblo, de un parlamento.

El control del gobierno es la tarea más importante del parlamento, al particular no es sustituible por ninguna otra institución. Resulta imaginable, aun cuando apenas sea posible en la práctica, el que se le pueda quitar a la burocracia el poder legislativo mediante el método de hacer que las leyes fuesen elaboradas por comisiones de especialistas para que le sean entonces presentadas al pueblo con el fin de que éste decida sobre las mismas. Pero ni los defensores más recalcitrantes de la legislación directa por parte del pueblo hablan de un control directo del gobierno por el mismo. La actividad de la corporación central dirigente del organismo estatal sólo puede ser supervisada por otra organización central y no por una masa amorfa y desorganizada como es el pueblo.

Las tendencias aquí expuestas hacia la superación del poder absoluto del estado son propias de todas las clases de un estado moderno, con excepción de aquellas que participan de ese poder. O sea, con excepción de los burócratas, de los oficiales, de la nobleza y de las altas capas de la Iglesia, así como de los grandes banqueros, quienes hacen lucrativos negocios monetarios con el estado. El régimen absolutista tendría que retroceder ante el impulso unificado de las otras clases, entre ellas también de la nobleza

rural, de las capas bajas eclesiásticas y de los capitalistas industriales. Tendría que garantizar, en mayor o menor medida, la libertad de prensa, la libertad de reunión y asociación, así como un parlamento. Tal desarrollo se ha impuesto victoriosamente en todos los estados de Europa.

Pero al particular cada clase quería otorgarle a la nueva forma estatal aquella organización que expresase al máximo sus intereses particulares. Esas tendencias se manifestaron especialmente en las luchas por la organización del parlamento, es decir, en las luchas por el derecho electoral.

La consigna de las clases bajas, del “pueblo”, fue la del sufragio universal. No sólo los jornaleros, sino también los pequeños campesinos y los pequeños burgueses están interesados en ese sufragio universal. Todas estas clases juntas forman por doquier, y bajo todas las circunstancias, la gran mayoría de la población. El que los proletarios predominen en ella o no es algo que depende del grado de desarrollo económico. Pero nunca dependerá de esto el que en la población predominen las clases trabajadoras. Los explotadores forman siempre sólo una pequeña minoría de la población.

A la larga, ningún estado moderno puede resistir la presión de esas masas; a ello se añade que cualquier otro derecho electoral que no sea el del sufragio universal conduciría a situaciones absurdas en la sociedad de hoy. En la sociedad capitalista, con su constante cambio de circunstancias, las clases no pueden petrificarse en castas rígidamente establecidas. Todas las relaciones sociales se hallan en un flujo continuo. Por lo tanto queda descartado un derecho electoral de casta. Pero una clase que no está organizada como casta forma una masa amorfa y diluida que resulta imposible delimitar. Una clase es una categoría económica, no una jurídica; la misma pertenencia a una clase está sometida a continuos cambios. Hasta muchos pequeños artesanos, quienes bajo el predominio de la pequeña empresa se sentían propietarios, se consideran bajo el predominio de la gran empresa como proletarios, y hasta llegan a convertirse en verdaderos proletarios, aun cuando las estadísticas los cuenten entre los empresarios propietarios e independientes. Tampoco hay un derecho electoral censal que les otorgue a los propietarios un monopolio duradero sobre el parlamento. Cualquier período de devaluación podría echarlo por la borda. Y, finalmente, un certificado de estudios se torna cada día más irrelevante ante los progresos de la educación popular.

Así actúan conjuntamente los más diversos factores para imponer el sufragio universal como el único derecho electoral racional de la sociedad actual.

Es, sobre todo, el único racional desde el punto de vista del proletariado como la capa más baja de la población, cuya arma más eficaz es su número; pues podrá liberarse cuando pase a ser también la clase más numerosa de la población, cuando la sociedad capitalista se encuentre tan desarrollada que ya no sean los campesinos y los pequeñoburgueses los que predominen dentro de las clases trabajadoras.

Pero el proletariado está también interesado en que el derecho electoral no sea sólo universal e igual para todos, sino también indiferenciado, o sea, que no vayan a votar, por ejemplo, hombres y mujeres o jornaleros y propietarios en diversas curias. Todo tipo de división como ésta no sólo conlleva el peligro en sí de que capas diversas que, por su situación global, pertenecen al proletariado, aun cuando formalmente no sean jornaleros, sean separadas de éste; acarrea un peligro todavía más grande: reducir el sentido del proletariado. Su gran misión histórica surge del hecho de que los intereses globales sociales se unen a sus duraderos intereses de clase, lo que no siempre equivale a sus pretendidos intereses particulares.

Pertenece a la madurez del proletariado que su conciencia social sea elevada al mayor nivel mediante su comprensión por las grandes relaciones y metas sociales,

comprensión esta que sólo el socialismo científico lleva a la claridad absoluta, pero que no sólo es fomentada y difundida por su teoría, sino también por su praxis cuando el proletario incide en la política en relación a la globalidad y no únicamente en relación a sus intereses particulares. Cualquier limitación a los intereses profesionales limita el sentido; esto expresa una de las partes negativas del sindicalismo bobalicón, y aquí radica la superioridad del partido socialdemócrata. Aquí radica también la superioridad de un derecho electoral indiferenciado ante uno que divide a los electores de acuerdo a categorías.

En las luchas por los derechos políticos aquí mencionados surge la democracia moderna, madura el proletariado. Pero con ello surge también un nuevo factor: la *protección de las minorías*, la *oposición* en el seno del estado. La democracia significa dominio de la mayoría. Y no menos significa protección de la minoría.

El poder absoluto de la burocracia se orienta hacia la duración eterna. La opresión violenta de toda oposición es su principio vital. Casi en todas partes sólo pudo ser abolida mediante el aniquilamiento violento de su poder.

Otra cosa sucede con la democracia. Significa, como ya se ha dicho, dominio de la mayoría. Pero las mayorías cambian. En la democracia ningún régimen puede orientarse hacia una duración permanente.

Ya las relaciones de poder de las clases no son algo duradero, y mucho menos en la era capitalista. Pero aún más rápidamente que el poder de las *clases* cambia el poder de los *partidos*, y éstos son los que en la democracia luchan por el poder.

También aquí no ha de olvidarse, como sucede con frecuencia, que las simplificaciones de la abstracción de la teoría son indispensables para esclarecer la realidad, pero que sólo son válidas “en líneas generales” y que entre ellas y la realidad hay muchos puntos intermedios.

Una clase puede dominar, pero no gobernar; pues una clase es una masa amorfa, y gobernar es algo que sólo lo puede hacer una organización. Los partidos políticos son los que gobiernan en la democracia. Pero un partido no es lo mismo que una clase, aun cuando éste defiende fundamentalmente un interés de clase. El mismo interés de clase puede ser defendido en forma muy diversa por diferentes métodos tácticos. De acuerdo a sus diferencias, los representantes de los mismos intereses de clase se dividen en diversos partidos. Al particular son decisivas, sobre todo, las cuestiones sobre la posición con respecto a otras clases y partidos. Sólo en raras ocasiones dispone una clase de tanto poder que pueda dominar sola el estado. Si una clase se apodera de las riendas del poder y no puede imponerse por sus propias fuerzas, entonces se busca a un aliado. De existir para ella la posibilidad de elegir entre diversos aliados, surgirán entonces, entre los representantes de los intereses de clase dominantes, diversas opiniones y tendencias.

Así, en Inglaterra, durante el siglo XVIII, los *whigs* y los *tories* defendían los mismos intereses de clase. Pero mientras aquéllos querían fomentarlos mediante la unión con la burguesía urbana a expensas de la corona y de sus medios de poder, éstos, por el contrario, creían que la monarquía era el baluarte más fuerte de sus intereses. Igualmente, hoy en día, en Inglaterra, y también en otros sitios, conservadores y liberales representan los mismos intereses capitalistas. Pero mientras los unos creen que la mejor forma de garantizarlos consiste en la alianza con los terratenientes mediante la opresión violenta de la clase obrera, los otros temen que esa política pueda traer funestas consecuencias y tratan de apaciguar a la clase obrera mediante pequeñas concesiones hechas sobre todo a expensas de los terratenientes.

En forma similar a lo que ocurre con las clases que detentan el poder económico y social, y con sus partidos, sucede con las clases en lucha y con sus partidos.

O sea, que partido y clase no necesitan ser idénticos. Una clase puede dividirse en diversos partidos, un partido puede estar compuesto por miembros de diversas clases. Una clase puede seguir dominando y, sin embargo, puede ocurrir un cambio en el partido gubernamental si la mayoría de la clase dominante piensa que los métodos del partido hasta entonces gobernante eran insatisfactorios y los de su competidor más eficaces.

Mucho más rápidamente que el dominio de las clases cambia, por consiguiente, en una democracia el gobierno de los partidos.

Bajo tales circunstancias nadie puede estar seguro de permanecer con las riendas del poder; cada uno ha de contar con la posibilidad de convertirse en minoría, pero nadie está condenado por la misma naturaleza del estado (cuando éste es una verdadera democracia) a quedarse siendo minoría para siempre.

De esas relaciones surge, en una democracia, una protección de las minorías, que es tanto más eficaz (al igual que lo será la voluntad de cada partido por mantenerse por todos los medios en el poder), y que podrá defenderse con tanto mayor éxito cuanto más arraigada esté la democracia, cuanto más ampliamente influya sobre los hábitos políticos.

Es evidente la importancia que tiene la protección de las minorías para los inicios de los partidos socialistas, que comienzan por doquier como minorías muy pequeñas, al igual que es evidente la gran influencia que ejercen sobre el proceso de maduración del proletariado. La protección de las minorías es muy importante en sus propias filas. Toda nueva teoría, sea ésta de naturaleza teórica o táctica, sólo es defendida al principio por minorías. Si se las oprime mediante la violencia, en lugar de discutir con ellas, la mayoría se ahorrará mucho trabajo e incomodidades. Bajo determinadas circunstancias puede ahorrarse en verdad mucho trabajo innecesario, pues no toda doctrina significa un progreso por el solo hecho de que sea nueva y de que sea defendida por la minoría. La mayoría de aquello que se presenta como nuevo ya ha sido expresado en alguna ocasión y reconocido como insostenible mediante la discusión o la práctica. Sólo el desconocimiento trae lo ya desechado como una novedad. Otras ideas serán originales, pero totalmente erradas al particular. Pero al igual que nuevos pensamientos e ideas no han de representar necesariamente un progreso real, todo desarrollo interior sólo es posible mediante nuevas ideas que sólo se presentan al principio como ideas de minorías. De ahí que cada opresión de todas las ideas de las minorías en el partido, representen un perjuicio para la lucha de clases proletaria y un freno para el proceso de maduración de la clase obrera. El mundo nos enfrenta una y otra vez ante nuevos y todavía desconocidos problemas que no pueden ser resueltos por los medios tradicionales.

Por muy penoso que pueda resultar el entresacar lo realmente valioso de la multitud de renovaciones propuestas, es esto un trabajo ineludible, si es que nuestro movimiento no ha de anquilosarse y ha de estar siempre a la altura de sus tareas. Y lo que reza para el partido, no reza menos para el estado. La protección de las minorías es una condición indispensable para el desarrollo democrático, y no menos importante que la del dominio de la mayoría.

Aquí todavía hay que tener en cuenta otra característica de las democracias: la forma que le otorga a las luchas políticas. Ya escribí al respecto en 1893, en el *Neue Zeitung*, en un artículo sobre “un catecismo socialdemócrata”, y repetí mis ideas en 1909 en mi *Weg zue Macht*. Repitamos aquí algunas cosas:

“Hay que ver en la libertad de coalición, de prensa y de sufragio universal (oportunamente también en el servicio militar obligatorio para todos) no sólo armas que dan al proletariado de los estados modernos ventajas sobre las clases que han librado las

luchas de la revolución burguesa, sino también instituciones que ponen en evidencia las fuerzas relativas de los partidos y de las clases y el espíritu que los anima, cosa imposible en los tiempos del absolutismo.

“Bajo el régimen del absolutismo, las clases dirigentes, lo mismo que las clases revolucionarias, marchaban a tientas. Siendo imposible cualquier manifestación del espíritu de oposición, ni el gobierno ni los revolucionarios podían conocer sus fuerzas. Cada una de las dos partes corría el riesgo de exagerar sus propias fuerzas mientras no se había medido en la lucha con el adversario, o de dudar de ellas cuando hubiera sufrido un solo fracaso y renunciar a toda esperanza. Es probablemente una de las razones principales por las cuales el período revolucionario de la burguesía nos muestra tantas refriegas aplastadas de un solo golpe y tantos gobiernos derribados súbitamente; de ahí la sucesión de revoluciones y de contrarrevoluciones.

“Hoy sucede de otro modo, por lo menos en los países que poseen instituciones un tanto democráticas. Se ha llamado a estas instituciones la válvula de seguridad de la sociedad. Si con ello se quiere entender que en una democracia el proletariado deja de ser revolucionario y que contentándose con expresar abiertamente su indignación y sus sufrimientos renuncia a la revolución política y social, esta calificación es falsa. La democracia no puede destruir los antagonismos de clases de la sociedad capitalista, ni aplazar el inevitable resultado final, que es la caída de esta sociedad. Pero lo que puede hacer es impedir, si no la revolución, por lo menos muchas tentativas de revolución prematura y sin probabilidad de éxito; puede dispensar, así, de más de un movimiento revolucionario. La democracia pone en evidencia las fuerzas relativas de los partidos y de las clases, no destruye los antagonismos ni posterga el resultado final que es su consecuencia, pero tiende a impedir que las clases ascendentes aborden la solución de problemas para los cuales no están maduras; tiende también a impedir que las clases dirigentes rehúsen concesiones cuando no tienen la fuerza, para hacerlo. La dirección de la evolución no se modifica, pero su marcha llega a ser más continuada y más calmada. El empuje del proletariado en los estados un tanto democráticos no está señalado por victorias tan ruidosas como las de la burguesía durante su período revolucionario, pero tampoco por tan grandes derrotas. Desde el despertar del movimiento obrero socialista moderno, que se produjo después de 1860, el proletariado europeo ha sufrido una sola gran derrota, la [Comuna de París en 1871](#). Francia se resentía todavía del régimen imperial que le había negado al pueblo instituciones verdaderamente democráticas; solamente una minoría muy pequeña del proletariado francés había adquirido conciencia de sí misma y se había forzado una insurrección.

“Puede ser que la táctica de la democracia proletaria parezca más fastidiosa que la de la revolución burguesa; es seguramente menos dramática, menos teatral, pero también exige muchos menos sacrificios. Esta ventaja deja tal vez impasibles a los literatos ingeniosos y a los que con el socialismo se procuran un deporte y motivos interesantes pero no a los que toman verdaderamente parte en la lucha.

“Este método llamado pacífico de la lucha de clases, que se limita al empleo de medios no militares, tales como parlamentarismo, huelgas, manifestaciones, periódicos y otros medios de presión semejantes, tiene tantas más probabilidades de ser conservado en un país en el cual las instituciones democráticas son más eficaces y la población posee más perspicacia en materia política y económica y más dominio sobre ella misma.”¹

Por estos motivos tengo la esperanza de que la revolución social del proletariado adoptará formas completamente distintas a las de la burguesía, que la revolución proletaria, en contradicción a la burguesa, podrá ser dirigida con los medios “pacíficos”

¹ Karl Kautsky, *El camino del poder*, Alejandría Proletaria, Valencia, 2018, páginas 29-30.

de tipo económico legislativo y moral, y no con los medios de la violencia física, y esto, doquiera esté arraigada la democracia (*Weg zur Macht*, pág. 53).

Y ésta sigue siendo hoy en día mi opinión.

Allí donde el proletariado se encuentra falto de derechos no puede desarrollar organizaciones de masas y, en tiempos normales, no puede dirigir luchas de masas; allí sólo puede actuar una élite de osados combatientes que se encuentra en constante oposición contra el régimen dominante. Pero a esa élite se le señala día tras día la necesidad (es más, hasta es empujada literalmente a ella) de acabar radicalmente con todo el sistema. Imperturbable, movido por las pequeñas necesidades de la vida política cotidiana, el espíritu es llevado únicamente hacia los grandes problemas y es ejercitado continuamente en el análisis de los grandes nexos causales sociales y políticos.

Sólo una pequeña capa del proletariado entra en combate, pero se ve movida por altos intereses teóricos y por ese entusiasmo que sólo pueden despertar elevadas metas.

En forma completamente distinta actúa la democracia sobre los proletarios, a los que en el actual modo de producción sólo les quedan al día algunas pocas horas libres. La democracia desarrolla organizaciones de masas con un masivo trabajo administrativo; exhorta a los ciudadanos a discutir y a solucionar numerosas cuestiones de la vida cotidiana, a menudo de carácter muy pequeño. Todo el tiempo libre de los proletarios se ve cada vez más ocupado por el “trabajo pequeño”, cada vez se dedica más a los pequeños éxitos del momento. Pero en estrechos círculos se limita el sentido. Falta de comprensión por la teoría (sí, hasta desprecio por ella) y el oportunismo, en lugar de los grandes principios, se tornan lo dominante. Si en sus tiempos Marx y Engels pudieron alabar el espíritu teórico de los obreros alemanes con respecto a los de Europa Occidental y Estados Unidos, hoy, en lo que se refiere a los intereses teóricos, encontrarían la misma superioridad teórica entre los obreros rusos con respecto a los alemanes.

Y sin embargo, los proletarios conscientes y sus representantes luchan por doquier por la democracia, y muchos de ellos han ofrendado sus vidas.

Saben, precisamente, que sin democracia no se puede lograr nada. Los efectos moralizantes de la lucha contra el despotismo quedan limitados a una élite; no abarcan a toda la masa. Pero por la otra parte no hay que exagerar los efectos que tiene la democracia sobre los proletarios en el sentido de convertirlos en filisteos. Estos son una consecuencia, en parte, de la carencia de tiempo libre de que sufre el proletariado y no de la democracia en sí. Pues sería extraño que la posesión de la libertad hiciese necesariamente a los hombres más mezquinos y limitados que la falta de libertad. Cuanto más actúe la democracia para que sea acortada la jornada de trabajo, tanto mayor será la cantidad de tiempo libre de que dispondrá el obrero, y tanto más será la parte de ésta que le dedique, junto al indispensable pequeño trabajo de sus labores, a los grandes y amplios problemas.

Esto no deja de tener su parte excitante. Pues por mucho que pueda dar la democracia, ella no puede acabar sola con las contradicciones que surgen del modo de producción capitalista mientras no haya acabado con ese modo de producción. Por el contrario, las contradicciones en el seno de la sociedad capitalista aumentan, crean una y otra vez grandes conflictos, enfrentan a los proletarios una y otra vez ante grandes problemas que elevan su espíritu por encima de la vida cotidiana. Mas, en la democracia, esa elevación no se queda ya como la simple elevación de una élite, sino que se convierte en una elevación de las mismas masas del pueblo a las que al mismo tiempo, y en la praxis diaria, ha educado para que puedan gobernarse a sí mismas.

En la democracia el proletariado no piensa y habla continuamente sólo de la revolución, como sucede bajo el despotismo. Puede pasarse años, y hasta décadas,

entretenido en el simple trabajo pequeño, pero finalmente han de surgir por doquier, una y otra vez, situaciones que enciendan en él el pensamiento y el deseo revolucionario.

Pero, allí donde esto produzca acciones en una democracia, será mucho más probable que en un régimen despótico el que no suceda antes de tiempo y en un ataque vano, y que la victoria, una vez con éxito alcanzada, no vuelva a perderse, sino que sea afianzada. Y esto es, a fin de cuentas, más importante que la simple irritante situación de un nuevo drama revolucionario.

V La dictadura

La democracia forma la base indispensable para la constitución del modo de producción socialista. Y bajo los efectos de la democracia, el proletariado alcanza esa madurez que necesita para poder llevar a cabo el socialismo. La democracia, finalmente, ofrece el seguro barómetro de su madurez. Pero entre ambos estadios, entre la preparación del socialismo y el socialismo realizado (los cuales necesitan de la democracia), existe, sin embargo, un tercer estadio, el de la transición, después de que el proletariado ha conquistado el poder político, pero todavía no ha realizado económicamente el socialismo. Se dice que en ese estadio intermedio la democracia no sólo no es necesaria, sino hasta perjudicial.

Esta concepción no es nueva. Ya la hemos conocido como la de Weitling. Pero se apoya en unas palabras de Karl Marx. En su carta sobre la crítica del Programa de Gotha, escrita en mayo de 1875 (impresa en el *Neue Zeit*, IX, I, pág. 502 y sig.), se dice (pág. 573):

“Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A esta período corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser otros que *la dictadura revolucionaria del proletariado*.”²

Desgraciadamente, Marx no explicó después cómo entendía esa dictadura. Tomado al pie de la letra, esto significa la abolición de la democracia. Pero tomada literalmente significa también la soberanía de una sola persona, que no está sujeta a ninguna ley. Una soberanía que se distingue de un despotismo por ser considerada como una fase pasajera, requerida por las circunstancias del momento, y no como una institución permanente del estado.

Así, pues, la expresión “dictadura del proletariado”, o sea, dictadura no de un individuo, sino de una clase, excluye ya el que Marx haya pensado al respecto en una dictadura en el sentido literal de la expresión.

Aquí él no hablaba de una *forma de gobierno*, sino de un *estado de cosas* que tendrían que presentarse necesariamente en todas partes donde el proletariado hubiese conquistado el poder político. El que aquí no tenía presente una forma de gobierno lo demuestra el que opinase que en Inglaterra y Estados Unidos la transición podía ser pacífica, es decir, realizarse por vía democrática.

La democracia no asegura, en verdad, todavía la transición pacífica. Pero, con toda seguridad, esta no es posible sin democracia.

Sin embargo, para enterarnos de lo que pensaba Marx sobre la dictadura del proletariado no necesitamos hacer especulaciones. Si Marx, en 1875, no se extendió más sobre lo que entendía por dictadura del proletariado fue porque algunos años antes, en su escrito sobre *La guerra civil en Francia* (1871), había expuesto ya su opinión. Ahí explica:

² Carlos Marx, “Crítica del Programa de Gotha”, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, en dos tomo, Tomo 2, página 25, Editorial Ayuso, Madrid, 1975.

“... la **Comuna** era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.”³

O sea, que la Comuna de París fue (como constata expresamente Engels en su prólogo a la tercera edición del escrito de Marx, “la dictadura del proletariado”).

Pero no significó, al mismo tiempo, la abolición de la democracia, sino que se basó en su amplia aplicación, sobre la base del sufragio universal. El poder gubernamental tenía que someterse al sufragio universal.

“La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por *sufragio universal* en los diversos distritos de la ciudad [...] el *sufragio universal* habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios.”⁴

Una y otra vez habla aquí Marx del sufragio universal de todo el pueblo, no del derecho electoral de una clase especial privilegiada. La dictadura del proletariado era para él un estado de cosas que surgía necesariamente de la democracia pura cuando predominaba el proletariado.

O sea, que no se pueden basar en Marx aquéllos que se pronuncian por la dictadura en oposición a la democracia. Naturalmente que con esto no se ha probado el que no tengan razón. Sólo que han de buscarse otros argumentos.

Al analizar esta cuestión hemos de cuidarnos de no confundir la dictadura como *estado de cosas* con la dictadura como *forma de gobierno*. Sólo el tratar de conseguir esta última representa una cuestión en litigio en nuestras filas. La dictadura como forma de gobierno significa despojar de derechos a la oposición. A ella se le quitan el derecho a voto y las libertades de prensa y reunión. La cuestión es si el proletariado triunfante necesita aplicar esas medidas, si con ellas puede alcanzarse mejor el socialismo, o si sólo es posible con ellas.

Hay que hacer notar, en primer lugar, que cuando hablamos de la dictadura como forma de gobierno no podemos hablar de la dictadura de una clase. Pues una clase, como ya hemos apuntado, sólo puede dominar, pero no gobernar. Es decir, que si se quiere entender por dictadura no solamente el simple estado de dominio, sino una determinada forma de gobierno, entonces hay que hablar únicamente de la dictadura bien de un individuo o de una organización, pero no del proletariado, sino de un partido proletario. Pero entonces el problema se complica inmediatamente en el momento en el que el mismo proletariado se divide en diversos partidos. La dictadura de uno de esos partidos ya no es entonces, de ninguna manera, la dictadura del proletariado, sino la dictadura de una parte del proletariado sobre otra. La situación se complica todavía más si los partidos socialistas se encuentran divididos debido a la actitud de los mismos frente a las capas no proletarias; por ejemplo, cuando un partido llega al poder mediante una alianza entre los proletarios urbanos y los campesinos. Entonces la dictadura del proletariado no se convierte únicamente en una dictadura de proletarios sobre proletarios, sino también de proletarios y campesinos sobre proletarios. En ese caso la dictadura del proletariado adopta formas realmente extrañas.

¿Por qué razones tendría que adoptar el dominio del proletariado una forma incompatible con la democracia? Quien invoque al particular las palabras de Marx sobre la dictadura del proletariado no ha de olvidar que en ellas no se habla de un estado de cosas que *pueda* presentarse bajo determinadas circunstancias, sino de uno que *ha* de presentarse bajo cualquier circunstancia.

³ Carlos Marx, “La guerra civil en Francia”, *Ibid.* Página 511.

⁴ *Ibid.* Página 509. Cursivas de Kautsky.

Pues bien, se puede decir que el proletariado, por regla general, sólo llegará al poder cuando represente la mayoría de la población o, al menos, tenga a ésta tras de sí. En sus luchas políticas el arma del proletariado consiste (junto a su carácter económicamente imprescindible) en su masa. Sólo allí donde tenga a las masas, a la mayoría de la población, tras de sí, puede esperar el elevarse sobre los medios de poder de las clases dominantes. Esto lo aceptaron también Marx y Engels. Por eso explicaban en el Manifiesto Comunista:

“Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría.”⁵

Esto ocurrió también con la Comuna de París. La primera acción del nuevo régimen revolucionario fue la convocatoria de elecciones generales. Las elecciones, realizadas en la mayor libertad, dieron, en casi todos los distritos de París, una fuerte mayoría para la Comuna. Fueron elegidos 65 revolucionarios, en contra de 21 miembros de la oposición, de ellos: 15 reaccionarios declarados y 6 republicanos radicales de dudosa entereza. Entre los 65 revolucionarios se encontraban representadas todas las tendencias del socialismo francés de entonces. Por mucho que se combatieron entre sí, no ejercieron la dictadura los unos sobre los otros.

Un régimen que se encuentre bien arraigado en las masas no tiene el menor motivo para atentar contra la democracia. No siempre podrá alejarse de los actos de violencia en los casos en que sea ejercida la violencia para oprimir a la democracia. A la violencia solamente se puede responder con la violencia.

Pero un gobierno que sepa que tiene las masas tras de sí sólo utilizará la violencia para *proteger* a la democracia, y no para *abolirla*. Sería verdadero suicidio por su parte el querer eliminar su base más segura: el sufragio universal, poderosa fuente de enorme autoridad moral.

O sea, que la dictadura, como abolición de la democracia, sólo sería posible en casos excepcionales, como, por ejemplo, cuando la conjunción extraordinaria de circunstancias favorables le permita a un partido proletario apoderarse del poder político, aun cuando no cuente con la mayoría de la población o ésta se manifieste decididamente en su contra.

En el caso de un pueblo que haya sido educado políticamente durante décadas, y en el que los partidos hayan adquirido una firme base, una victoria casual del tipo anterior es apenas posible. Sólo ella nos está señalando ya relaciones verdaderamente atrasadas. Si en un caso así el sufragio universal arrojase un resultado contrario al gobierno socialista, ¿tendría éste que hacer lo que hemos venido pidiendo hasta ahora de todo gobierno?, a saber: someterse a la voluntad del pueblo con el firme deseo de continuar la lucha por el poder estatal sobre las bases de la democracia; o bien, con el fin de afirmarse, ¿ha de derrocar a la democracia?

¿Por qué medios puede mantenerse en el poder una dictadura en contra de la voluntad de la mayoría del pueblo?

Puede elegir dos vías: la del *jesuitismo* o la del *bonapartismo*.

Ya hemos hablado del estado jesuita del Paraguay. El medio por el cual los jesuitas afirmaron allí su dictadura fue el de su inmensa superioridad intelectual sobre los aborígenes a quienes organizaban, los cuales eran completamente impotentes sin ellos.

¿Puede un partido socialista lograr una superioridad tal en un estado europeo? Esto puede darse completamente por descartado. Bien es verdad que el proletariado, en

⁵ Marx y Engels, “[Manifiesto Comunista](#)”, en *ibid.* Página 30.

su lucha de clases, se eleva intelectualmente sobre las otras clases trabajadoras, pequeñoburgueses y pequeños campesinos, pero no sin que éstos vayan adquiriendo, al mismo tiempo, una mayor comprensión política y se acrecienten en ellos los intereses políticos. La diferencia entre esas diversas clases no será nunca avasalladora.

Junto a las clases del trabajo manual va creciendo también una capa de intelectuales que cada vez se hace más numerosa y es más indispensable para el proceso de producción, y cuya profesión consiste en la adquisición de conocimientos, en el ejercicio y desarrollo de la inteligencia.

Esa capa ocupa una posición intermedia entre el proletariado y la clase capitalista; no está directamente interesada en el capitalismo, pero mantiene una actitud de desconfianza ante el proletariado mientras no lo considere lo suficientemente maduro como para tomar en sus propias manos su destino. Hasta aquellos miembros de las clases cultas que se pronuncian de la forma más acalorada por la liberación del proletariado, como, por ejemplo, los socialistas utópicos, mantienen en los comienzos de la lucha de clases una actitud de rechazo ante el movimiento obrero. Esto sólo cambia cuando el proletariado manifiesta una madurez creciente en su lucha. La confianza que ganan hacia el proletariado los intelectuales que se encuentran a favor del socialismo no ha de confundirse con la confianza que manifiestan, desde el 4 de agosto de 1914, los liberales y las gentes del centro (y hasta los mismos gobiernos en Alemania) hacia los socialistas gubernamentales. La confianza del primer tipo se corresponde al convencimiento de que el proletariado ha alcanzado la fuerza y la capacidad para liberarse a sí mismo. La confianza del segundo tipo se presenta con el convencimiento de que los socialistas señalados ya no se toman en serio la lucha de liberación del proletariado.

No se puede organizar una producción socialista sin los intelectuales o en contra de ellos. Bajo condiciones en las que la mayoría de la población sienta desconfianza por un partido proletario o lo rechaza, lo mismo rezará para la masa de intelectuales. Entonces el partido proletario victorioso ya no será superior intelectualmente con respecto al resto de la población, sino que hasta se quedará por detrás de sus adversarios, aun cuando su punto de vista teórico sea superior, en líneas generales, en cuanto a las cuestiones sociales.

Así que la vía del Paraguay no es transitable en Europa. Por lo tanto sólo nos resta la otra vía que eligieron Napoleón, el 18 Brumario de 1799, y su sobrino, el tercer Napoleón, el 2 de diciembre de 1852: la de gobernar con ayuda de la superioridad de una organización centralizada sobre la masa popular desorganizada, y con la superioridad del poder militar, que se basa en que el poder armado del gobierno se enfrenta o bien a una masa popular desarmada o a una masa popular cansada de luchar con las armas.

¿Puede organizarse sobre esa base un modo de producción socialista? Ese modo de producción significa la organización de la producción por parte de la sociedad. Requiere la autoadministración económica de toda la masa del pueblo. La organización estatal de la producción por parte de una burocracia o mediante la dictadura de una sola capa del pueblo no significa socialismo. El socialismo necesita educación organizativa de las amplias masas del pueblo, presupone numerosas organizaciones libres de carácter tanto económico como político y requiere la más absoluta libertad de organización. La organización socialista del trabajo no ha de ser una organización cuartelesca.

La dictadura de una minoría que quiera darle al pueblo la más absoluta libertad de organización enterraría con ello su propio poder. Si, por el contrario, buscarse el imponerse reprimiendo esa libertad, entonces frenaría el desarrollo del socialismo en lugar de fomentarlo.

La dictadura de una minoría encuentra siempre su apoyo más fuerte en un ejército que le sea fiel. Pero cuanto más apele al poder de las armas en vez de al poder de la mayoría, tanto más obligará a cada oposición a buscar su salvación en las bayonetas y en los puños, en lugar de recurrir a la fuerza de un sufragio que le está prohibido; entonces, la *guerra civil* se convierte en la forma en que se manifiestan las contradicciones políticas y sociales. Allí donde no impere la total apatía política y social, la dictadura de una minoría estará amenazada constantemente por violentos golpes de estado o una continua lucha de guerrillas, lo que se convierte fácilmente en prolongados levantamientos armados de grandes masas, para cuyo rechazo son necesarias todas las fuerzas militares de la dictadura. Esta ya no puede salir de la guerra civil y corre el continuo peligro de ser derrocada en ella.

Pero para la constitución de la sociedad socialista no puede haber un impedimento mayor que el de la guerra interna. En el estadio actual de amplia división geográfica del trabajo, la gran empresa industrial depende fuertemente por doquier de la seguridad de los transportes, así como de la seguridad de los tratados. Hasta una guerra exterior perturbaría enormemente la construcción socialista, aun en el caso en que el enemigo no lograra entrar en el país. Los socialistas rusos de todas las tendencias han recalado, y con razón, en la actual revolución rusa, la necesidad de la paz para la reorganización social. Todavía más funesta para la economía social que una guerra exterior es una guerra civil, la que necesariamente se desarrolla en el interior del país asolándolo y paralizándolo al igual que una invasión extranjera, pero siendo mucho más cruel.

En la lucha de los estados entre sí se trata, por regla general, sólo de una ganancia o de una pérdida de poder de uno u otro gobierno, no de su existencia total. Después de la guerra, los diversos gobiernos y pueblos que participaron en ella desean o deben vivir en paz, aun cuando no siempre mantengan relaciones de amistad.

Otra cosa muy distinta ocurre con los partidos en la guerra civil. Estos no realizan la guerra para arrancarle algunas concesiones a la parte adversaria y vivir después en paz con ella. Y en la guerra civil tampoco sucede como en la democracia, en la que las minorías se encuentran protegidas de tal forma que todo partido que caiga en la minoría y que tenga que renunciar al gobierno, no tiene que renunciar a la actividad política o limitarla siquiera, y todo partido que caiga en la minoría mantiene siempre el derecho de luchar por la mayoría y apoderarse así del gobierno.

En la guerra civil todo partido lucha por su existencia, amenazando al más débil con la destrucción total. La conciencia de esto hace fácilmente tan crueles a las guerras civiles. Una minoría que sólo pueda ejercer el poder mediante la violencia militar tiende a sofocar a su adversario de manera sangrienta y a diezmarlo en salvaje matanza si fue amenazada por él en un levantamiento y logró derrotarlo. Los días de junio de 1848 en París y la sangrienta semana de mayo de 1871 mostraron esto con terrible claridad.

Un sistema de guerra civil crónica, al igual que ninguna alternativa bajo la dictadura, la total apatía y el desganado de las masas; todo esto hacen prácticamente imposible la construcción de un sistema de producción socialista. ¡Y ha de ser entonces la dictadura de una minoría, que engendra necesariamente la guerra civil o la apatía, el medio soberano para lograr el paso del capitalismo al socialismo!

Algunos confunden la guerra civil con la revolución social, considerándola la forma de esta última, y tienden a disculpar los inevitables actos de violencia de la guerra civil con el argumento de que sin ella no sería posible la revolución, aduciendo que así fue siempre y así lo será en toda revolución.

Precisamente nosotros, los socialdemócratas, no sustentamos la opinión de que algo porque haya sido siempre así tendrá que seguir siéndolo en el futuro. Nos hemos

formado imágenes de la revolución conforme a los ejemplos de las anteriores revoluciones *burguesas*. La revolución *proletaria* se realizará bajo condiciones completamente distintas a esas.

Las revoluciones burguesas irrumpieron en estados en los que un despotismo, apoyado en un ejército separado del pueblo, oprimía toda manifestación libre, donde no había libertad de prensa, ni de reunión, ni de asociación, como tampoco el sufragio universal, ni existían verdaderas representaciones populares. Entonces la lucha en contra del gobierno adoptaba necesariamente la forma de la guerra civil. El proletariado actual, al menos en la Europa occidental, llegará al poder político en estados en los que desde hace décadas se encuentra profundamente arraigada la democracia, si no la “pura”, al menos un cierto grado de ella, y donde el ejército no se encuentra como antes separado del pueblo. Queda por esperar cómo se desarrollará la conquista del poder político por parte del proletariado bajo tales condiciones, ya que éste representa la mayoría del pueblo. En ningún caso hemos de aceptar que en la Europa occidental vayan a repetirse los acontecimientos de la gran revolución francesa. El que la Rusia actual arroje tantas similitudes con la Francia de 1793 demuestra únicamente lo cerca que se encuentra del estadio de la revolución burguesa.

Hay que diferenciar entre la *revolución social*, la *revolución política* y la *guerra civil*.

La revolución social es una profunda transformación de todo el edificio social provocada por la fundamentación de un nuevo modo de producción. Esto representa un largo proceso que pueda prolongarse por décadas y cuyo fin no puede ser delimitado con precisión. Tendrá tanto más éxito cuanto más pacíficas sean las formas en las que se desarrolle. Sus enemigos mortales son las guerras, tanto internas como externas. Una revolución social va precedida, por regla general, por una revolución política, por una repentina desviación de las relaciones de poder entre las clases en el estado, con lo cual una clase, hasta entonces excluida del poder político, se apodera del aparato gubernamental. La revolución política es un acto repentino que puede realizarse muy rápidamente y llegar a su fin. Sus formas dependen de la forma del estado en la que se realiza. Cuanto más amplio sea el dominio de la democracia (no sólo formalmente, sino verdaderamente arraigada en la fuerza de las masas trabajadoras), tanto mayor será la probabilidad de que la revolución política sea pacífica. Pero, por el contrario, cuanto menos se apoye el sistema dominante en la mayoría de la población, y cuanto más represente una minoría que sólo ejerza el gobierno por medios de poder militares, tanto mayor será la probabilidad de que la revolución política adopte la forma de una guerra civil.

Pero aun en el último caso, los defensores de la revolución social tienen un gran interés en que la guerra civil sólo sea un episodio pasajero y que se desarrolle muy rápidamente, que sólo sirva para implantar y consolidar la democracia, y que sus efectos pasen a la revolución social, es decir: que ésta no vaya más allá, de momento, de lo que quisiera la mayoría de la masa popular, porque además, por muy deseables que le pareciera a los espíritus elevados la realización inmediata de los objetivos finales de la revolución social, ésta no encontraría las condiciones necesarias para crear algo duradero.

Pero el terror ejercido por los proletarios y los pequeñoburgueses de París, es decir, la dictadura de una minoría en la gran revolución francesa, ¿no tuvo enormes efectos de la mayor importancia histórica?

Con toda seguridad. Pero, ¿de qué tipo eran? Aquella dictadura fue un producto de la guerra que sostuvieron los monarcas aliados de Europa en contra de la Francia revolucionaria. El haber rechazado victoriosamente ese ataque fue la obra histórica del

terror. Con ello demostró una vez más con toda claridad la vieja verdad de que la dictadura está más capacitada que la democracia para dirigir una guerra. Pero no demostró en modo alguno el que la dictadura sea el método del proletariado para llevar a cabo, a su favor, transformaciones sociales y defender el poder político.

El terror de 1793 no puede ser superado en energía. Y sin embargo, los proletarios parisienses no pudieron mantenerse con él en el poder. La dictadura se convirtió en el método que emplearon para combatirse mutuamente las diversas fracciones de la política proletaria y pequeñoburguesa, y finalmente fue el método de acabar con esa política proletaria y pequeñoburguesa.

La dictadura de las capas bajas le abre el camino a la dictadura del sable.

Si se quisiera decir, siguiendo el ejemplo de las revoluciones burguesas, que la revolución es lo mismo que la guerra civil y que la dictadura, entonces habría que extraer de ahí las consecuencias y decir: la revolución termina necesariamente con el dominio de un Cronwell o de un Napoleón.

Pero éste no es, en modo alguno, el desenlace necesario de una revolución proletaria allí donde el proletariado forma la mayoría de la nación y se encuentra organizado democráticamente. Y sólo ahí están dadas las condiciones para la revolución socialista.

VI Asamblea constituyente y soviets

En la revolución rusa la contradicción entre la democracia y la dictadura ha adquirido una significación profundamente actual.

Los socialistas de Rusia entraron divididos en ella. Se separaron en socialrevolucionarios y marxistas. Los socialrevolucionarios eran, sobre todo, representantes del campesinado, que en Rusia, en contraposición a todo el resto de Europa, era todavía un factor revolucionario y que, por lo tanto, podía marchar hombro con hombro con el proletariado socialista. Frente a ellos se encontraban los marxistas, los representantes del proletariado industrial. Estos, por su parte, se dividieron en dos tendencias: los mencheviques, quienes opinaban que, dada la base económica de Rusia, la revolución sólo podía ser una revolución burguesa si no coincidía con una revolución socialista europea, y los bolcheviques, quienes creían en todo momento en la omnipotencia de la voluntad y de la violencia y que querían, por lo tanto, sin tener en cuenta el retraso de Rusia, hacer inmediatamente de la revolución una revolución socialista.

En el curso de la revolución se profundizaron las contradicciones⁶. Los mencheviques consideraron como su deber el participar en un gobierno de coalición provisional hasta que una asamblea nacional constituyente hubiese formado un gobierno definitivo. Los bolcheviques querían derrocar a ese gobierno provisional antes de que se reuniese la asamblea constituyente, suplantándolo por un gobierno de su partido. A ello se sumó una profunda contradicción en la cuestión de la paz. Los mencheviques deseaban la paz inmediata tanto como los bolcheviques; ambos la deseaban sobre la base de Zimmerwald: ningún tipo de anexiones o de contribuciones. Ambas tendencias se habían encontrado en Zimmerwald, y los mencheviques habían pertenecido allí a la mayoría. Pero los mencheviques querían la paz general y que todos los participantes en la guerra aceptasen la consigna: nada de anexiones y contribuciones. Mientras no se alcanzase eso, el ejército ruso tendría que permanecer en pie de combate. Los bolcheviques, por el contrario, exigían la paz inmediata a cualquier precio; estaban dispuestos a firmar una paz especial si fuese necesario, y trataron de imponerla fomentando con todas sus fuerzas la ya gran desorganización del ejército.

Fueron apoyados por el general cansancio ante la guerra que se había apoderado de grandes masas, tanto en el ejército como en el pueblo, así como por la pretendida inactividad del gobierno provisional, el que, en lo que se refiere a las reformas políticas y sociales, realizó mucho más que cualquier otro gobierno burgués en el mismo periodo, pero no lo que hubiese podido esperarse de un gobierno revolucionario. La elección de la asamblea constituyente no pudo realizarse tan rápidamente como se deseaba. En primer lugar, había que renovar el viejo aparato de funcionarios públicos, había que crear representaciones democráticas urbanas y rurales. Además, el preparar las listas de electores, en ese gigantesco imperio cuyo último censo databa de 1897, arrojaba enormes dificultades. Así se fue postergando una y otra vez la elección de la asamblea constituyente.

⁶ El lector puede consultar la "Cronología" para el año 1917 de la obra de L. Trotsky *1917. El año de la revolución*, páginas 222 a 362, editada en [Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano](#). NdE.

Pero, sobre todo, la paz no llegaba. Independientemente de los factores que tuviesen para entonces la culpa de esto, los hombres de estado de la entente no entendieron lo necesario que era entonces para ellos mismos el manifestar su disposición a llegar a una paz sin anexiones y contribuciones. Mantuvieron una política que hizo que el pueblo ruso viese a la entente como el obstáculo para la paz; y con la entente, al gobierno provisional que estaba de acuerdo con ella. Esta fue una de las razones del por qué una parte de los mencheviques, los internacionalistas, fomentaron la separación de la entente y entraron en oposición con el gobierno provisional. Pero no fueron tan lejos como los bolcheviques. Bajo tales circunstancias, estos últimos ganaron terreno a expensas de los mencheviques y del gobierno provisional, logrando derrocarlo en noviembre del año pasado. Su fuerza propagandística demostró ser tan grande que estuvieron en condiciones de atraerse a una parte de los socialrevolucionarios. Los socialrevolucionarios de izquierda se pasaron a los bolcheviques y entraron en su gobierno; los de derechas y los del centro se quedaron del lado de los mencheviques.

Los bolcheviques sacaron sus fuerzas de las grandes esperanzas que alimentaron. Si querían conservar esas fuerzas tenían que colmar esas esperanzas. ¿Era eso posible?

La revolución bolchevique se organizó sobre la premisa de que ésta representaba el punto de partida de una revolución europea general, de que la audaz iniciativa de Rusia llamaría a la rebelión al proletariado de toda Europa.

Bajo tales circunstancias resultaban, como es natural, indiferentes las formas que adoptase la paz particular de Rusia, las mutilaciones y cargas que cayesen sobre el pueblo ruso, así como la interpretación que se le diese a la autodeterminación de los pueblos. Entonces resultaba también indiferente el que Rusia estuviese en condiciones o no de hacer la guerra. Según esa concepción, la revolución europea representaba la mejor defensa de la revolución rusa, les traería la verdadera autodeterminación a todos los pueblos del territorio ruso.

Una revolución en Europa, que trajese y fortaleciese el socialismo, tendría que convertirse en el medio para eliminar los obstáculos que se presentarían en Rusia, al querer implantar la producción socialista, debido al retraso económico del país.

Todo esto estaba pensado de una manera muy lógica mientras se admitiese la premisa: que la revolución rusa tenía que desencadenar inevitablemente la revolución europea. Pero, ¿qué pasaría si este no fuese el caso?

La premisa no se ha cumplido todavía. Y ahora los proletarios de Europa son acusados de haber dejado en la estacada a la revolución rusa y de haberla traicionado. Es una acusación contra desconocidos, pues ¿a quién se quiere hacer responsable de la actuación del proletariado europeo?

Es un viejo principio marxista el de que las revoluciones no pueden hacerse, que éstas surgen de las circunstancias. Pero las circunstancias de Europa occidental son tan diferentes de las de Rusia que una revolución allí no ha de producir necesariamente otra aquí.

Cuando en 1848 irrumpió la revolución en Francia, saltó inmediatamente a la Europa situada al este. Pero se detuvo en la frontera rusa. Y al revés, cuando en 1905 la revolución rompía sus cadenas en Rusia, produjo al oeste algunos fuertes movimientos de derecho electoral, pero no lo que pudiese llamarse revolución.

Sin embargo, no hay que tomarle muy mal a los bolcheviques el que esperasen una revolución europea. También otros socialistas hicieron lo mismo, y, con toda seguridad, nos acercamos a una serie de fenómenos que traerán una gran agudización de la lucha de clases y podrán darnos toda una serie de sorpresas. Y si los bolcheviques se han equivocado hasta ahora en sus esperanzas sobre la revolución, ¿acaso un Bebel, un Engels y un Marx no cayeron a veces en el mismo error? Esto no se puede negar. Pero

éstos no pensaron nunca en una revolución para una *determinada fecha*, y nunca orientaron su *táctica* de tal forma que hicieran la existencia del partido y el curso de la lucha proletaria revolucionaria dependientes de la aparición de la revolución, colocando al proletariado ante el dilema: revolución o bancarrota.

Al igual que todos los políticos, se equivocaron a veces en sus cálculos. Pero ninguno de esos errores pudo llevarlos por un falso camino ni conducirlos a un callejón sin salida.

Nuestros camaradas bolcheviques se lo jugaron todo a la carta de la revolución europea general. Cuando esa carta no salió se encontraron metidos en un camino que les planteaba tareas insolubles. Tenían que defender a Rusia, sin ejército, en contra de poderosos y despiadados enemigos. Tenían que crear un régimen de bienestar para todos en unas condiciones de descomposición y empobrecimiento generalizados. Cuanto menos estaban dadas las condiciones materiales e intelectuales para todo aquello que deseaban, tanto más se tuvieron que ver impelidos a reemplazar lo que faltaba por la coacción de la violencia pura, por la dictadura. Y esto lo tuvieron que hacer tanto más por cuanto en las masas populares iba creciendo la oposición en su contra. Así se hizo inevitable el que la dictadura tomase el lugar de la democracia.

Si los bolcheviques se equivocaron en la esperanza de que no necesitaban más que llegar al gobierno para desencadenar la revolución europea, no se equivocaron menos en la esperanza de que no necesitarían más que apoderarse de las riendas del poder para que la mayoría de la población les apoyase entusiasmada. Es verdad que, como oposición y bajo las circunstancias determinadas por las condiciones rusas, desplegaron una gran fuerza propagandística, tal como hemos apuntado. Si al comienzo de la revolución eran sólo un puñado de personas, finalmente se hicieron tan fuertes que pudieron tomar el poder estatal. Pero ¿tenían tras de sí a las masas de la población?

Esto era lo que tenía que demostrar la asamblea constituyente; y los bolcheviques, al igual que los otros revolucionarios, habían pedido su convocatoria, y hasta en forma muy vehemente durante un buen tiempo. Una asamblea constituyente que tenía que ser elegida en votación universal, igual, directa y secreta.

Inmediatamente después de la conquista del gobierno por parte de los bolcheviques, el nuevo gobierno fue ratificado por el segundo congreso panruso de los soviets. Eso sí, con la oposición de una fuerte minoría que abandonó el congreso en señal de protesta. Sin embargo, tampoco la mayoría rechazó la idea de la asamblea constituyente. La resolución que confirmaba al gobierno soviético empezaba con las palabras: “El Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia decide, en tanto se reúne la Asamblea Constituyente, formar un gobierno provisional obrero y campesino que llevará el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo”⁷.

O sea, que aquí se seguía considerando a la asamblea constituyente como una instancia superior al consejo de los comisarios del pueblo.

El 3 de noviembre, el gobierno disolvió la Duma de Potrogrado aduciendo que estaba en contradicción con las convicciones de la población, las cuales se manifestaban en la revolución del 7 de noviembre y “en las elecciones para la asamblea constituyente”. Las nuevas elecciones fueron convocadas sobre la base del sufragio universal existente. Pero pronto se le encontró una pega a las elecciones para la asamblea constituyente. El 7 de diciembre publicaba el Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets una resolución en la que se decía:

⁷ *Decreto sobre la formación de gobierno*, Edicions internacionals Sedov, serie *La constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*. Serie a la que remitimos al lector a fin de poder consultar otros textos sobre el tema. NdE.

“Independientemente de cómo sean organizadas las elecciones para una corporación compuesta por representantes electos, si en verdad democrática y representando realmente la voluntad del pueblo, éstas solamente se pueden reconocer si se acepta y aplica el derecho a veto de los electores frente a los diputados. Este principio de la verdadera democracia es válido, al igual que para todas las corporaciones representativas, también para la *asamblea constituyente*... El Congreso de los Consejos de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, convocado sobre una base paritaria, tiene el derecho de convocar a nuevas elecciones para todas las corporaciones representativas urbanas, rurales y de otro tipo, sin exclusión de la *asamblea constituyente*. A petición de más de la mitad de los electores del correspondiente distrito electoral, los consejos convocarán nuevas elecciones.”

La exigencia de que la mayoría de los electores pueden destituir en cada momento a un diputado que ya no comporta sus opiniones se corresponde perfectamente a las bases de la democracia. Por el contrario, partiendo de ese punto de vista no se puede explicar cómo iban los soviets a convocar nuevas elecciones. Más no se le hizo entonces a la asamblea constituyente. No se atentó contra la institución misma de la asamblea ni contra el derecho electoral correspondiente.

Pero cada vez se hacía más evidente que las elecciones no le habían dado la mayoría a los bolcheviques. De ahí que *Pravda*, en su edición del 26 de diciembre de 1917, publicase una serie de tesis sobre la asamblea constituyente proyectadas por Lenin y aprobadas por el comité central. Especialmente importantes entre ellas son dos. La una explica que las elecciones se habían efectuado poco antes de la victoria de los bolcheviques, antes de que se dividieran los socialrevolucionarios. De ahí que los socialrevolucionarios de izquierdas y de derechas hubiesen tenido una lista conjunta de candidatos. O sea, que las elecciones no ofrecían una imagen clara de la verdadera opinión de las masas.

Quien sustentase esa opinión, y teniendo en cuenta la citada resolución del 7 de diciembre, ha de extraer la conclusión: convocación de nuevas elecciones a la asamblea constituyente en aquellos círculos electorales en los que fueron elegidos socialrevolucionarios. ¿Con qué otro fin se había tomado si no esa resolución? Pero el 26 de diciembre ya había sido olvidado. Y de súbito suena otro cantar en la otra de las dos frases de Lenin que aquí nos ocupan. Después de que nos ha mostrado que la asamblea constituyente recién elegida no sirve para nada, porque no representa la verdadera opinión de toda la masa popular, explica que, en general, no sirve para nada una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, es decir, por las masas:

“La república de los soviets no sólo representa una forma más elevada de las instituciones democráticas (en comparación con la república burguesa y con la asamblea constituyente como su coronación), sino que es, además, la única forma que permite el paso menos doloroso al socialismo.”

Es lástima que se haya tenido que llegar a ese conocimiento después de haberse quedado en minoría en la asamblea constituyente. Antes nadie la había pedido más vehementemente que el mismo Lenin.

El conflicto con la asamblea constituyente se hizo así inevitable. Acabó con la victoria de los soviets, cuya dictadura fue proclamada como la forma duradera gubernamental de Rusia.

VII La República Soviética

La organización soviética es un producto de la revolución rusa de 1905. El proletariado realizó entonces acciones de masas para las que necesitaba una organización de masas. Las organizaciones clandestinas de socialdemócratas y de socialrevolucionarios sólo habían abarcado a unos centenares de miembros que influían sobre algunos miles de obreros. Bajo el zarismo no pudieron ser formadas organizaciones de masas políticas y sindicales. Las únicas organizaciones de masas proletarias que encontró la revolución fueron las que había organizado el mismo capital: las diversas fábricas. Ahora pasaron a ser las organizaciones de la lucha de masas proletaria. Cada fábrica se convirtió, pues, de un centro de producción material en un centro de propaganda y acción políticas. Los obreros de cada fábrica se reunieron y eligieron delegados, los que se unieron en un consejo de delegados, en un soviets. Fueron los mencheviques los que dieron el impulso para ese movimiento tan importante. Así se creó una forma de organización proletaria, la más amplia de todas, porque abarcaba a todos los jornaleros. Ella permitió poderosas acciones e impresionó profundamente la conciencia de los obreros. Cuando irrumpió la segunda revolución rusa, en marzo de 1917, resurgió inmediatamente la organización soviética. Y esta vez, de acuerdo a la madurez creciente del proletariado desde la primera revolución, sobre una base más elevada. Los soviets de 1905 quedaron como corporaciones locales, limitadas a ciudades aisladas. Los de 1917 no sólo fueron mucho más numerosos, sino que establecieron estrechos contactos entre sí; los diversos soviets se unieron en mayores asociaciones, las cuales volvieron a unificarse en una organización que abarcaba a todo el imperio, cuyo órgano estuvo representado temporalmente por congresos soviéticos panrusos, así como por un comité ejecutivo central permanente.

Ya hoy la organización soviética cuenta con una amplia y gloriosa historia. Y una historia todavía más importante está por delante de ella, y, no sólo en Rusia. Por doquier se manifiesta que, ante las gigantescas fuerzas económicas y políticas de que dispone el capital financiero, fracasan los métodos tradicionales de la lucha económica y política del proletariado. No se puede renunciar a ellos, siguen siendo indispensables en tiempos normales, pero se enfrentan temporalmente ante tareas que no pueden resolver, donde sólo puede tener esperanzas de éxito una fusión de todos los medios de poder políticos y económicos de la clase obrera.

La revolución rusa de 1905 le había llevado a la socialdemocracia alemana la idea de la huelga de masas. El congreso del partido de 1905 la reconoció. El de 1906 trató de disipar los temores y las objeciones de los funcionarios sindicales. Determinó sobre la huelga de masas:

“En el momento en el que la presidencia del partido considere oportuna una huelga de masas política, este se tendrá que poner en contacto con la comisión general de los sindicatos para tomar todas aquellas medidas que sean necesarias para llevar a cabo con éxito la acción.”

Después de todas las experiencias que hemos tenido con la huelga de masas sabemos hoy en día que esa resolución estaba totalmente errada. Por un lado, porque una huelga de masas tendrá tanto más éxito cuanto más inesperadamente surja de una determinada situación con repentina espontaneidad. El que sea decretada por

autoridades del partido y sindicales, después de haberse puesto de acuerdo, hace necesarios aparatosos preparativos que pueden echar por tierra cualquier éxito.

A esto se añade que la burocracia sindical se opone cada vez más a todas las grandes acciones espontáneas. Los sindicatos siguen siendo necesarios e indispensables. El proletariado es tanto más fuerte cuanto mayor sea el número de miembros y mayores los recursos monetarios de sus sindicatos. Pero amplias y permanentes organizaciones, con grandes medios, no son posibles sin una administración constantemente adiestrada, o sea, sin una burocracia. La burocracia sindical es tan indispensable como los mismos sindicatos. Tiene sus partes negativas al igual que el parlamentarismo o la misma democracia, pero sigue siendo igualmente indispensable para la liberación del proletariado.

Pero con ello no se ha dicho que haya que reconocer todas sus pretensiones. Ha de quedar limitada a lo que es su principal tarea, en la que no puede ser reemplazada, a la administración del fondo sindical, al trabajo para ampliar la organización, a aconsejar a los obreros en sus luchas. Pero no sirve para la dirección de esas gigantescas luchas de masas que se convierten cada vez más en el símbolo del tiempo. De acuerdo a sus experiencias y a sus conocimientos, los sindicalistas y los parlamentarios pueden actuar aquí con éxito; la verdadera dirección caerá cada vez más en las manos de las representaciones de empresas, en los consejos obreros. En diversos países fuera de Rusia (en Inglaterra, por ejemplo) tales instituciones (*shops assistants* o *shops stewards*) han desempeñado ya, junto a los sindicatos, un gran papel en las luchas de masas.

La organización soviética es, por lo tanto, uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo. En las grandes y decisivas batallas entre el capital y el trabajo, que se acercan, promete adquirir una importancia fundamental.

¿Hemos de pedir aún más de los soviets? Los bolcheviques, quienes junto a los socialrevolucionarios de izquierdas lograron la mayoría en los consejos obreros rusos después de la revolución de noviembre de 1917, se dedicaron, después de que fue abolida la asamblea constituyente, a hacer de los soviets (que habían sido hasta entonces la *organización de combate* de una clase) la *organización del estado*. Abolieron la democracia que se había conquistado el pueblo ruso en la revolución de marzo. De acuerdo con eso, los bolcheviques dejaron de llamarse social- demócratas. Se denominaron comunistas.

Naturalmente que no quieren renunciar del todo a la democracia. En su discurso del 28 de abril, Lenin designa a la organización soviética como una “forma elevada de la democracia”, como una ruptura total con su “deformación burguesa”. Para los proletarios y los campesinos pobres fue establecida ahora la libertad absoluta.

Pero bajo democracia se entiende hasta ahora la igualdad en derechos políticos de todos los ciudadanos. Las capas privilegiadas por la ley tenían siempre la libertad de movimiento. Pero esto no se llamaba democracia.

La república soviética ha de ser la organización de la dictadura del proletariado; la única, como dice Lenin, “que permite el paso menos doloroso al socialismo”. Y éste ha de imponer el que todo el pueblo no representado en los soviets se quede sin derechos políticos.

Hemos expuesto ya lo que puede decirse sobre la idea de la dictadura del proletariado. Hagamos ahora algunas observaciones sobre su organización en los soviets.

¿Por qué han de permitir éstos el paso al socialismo en forma menos dolorosa a la que sería posible mediante el sufragio universal? Evidentemente porque de esta manera los capitalistas se encuentran apartados de la legislación.

Pues bien, aquí sólo hay dos posibilidades. O bien los capitalistas y sus seguidores son solamente un grupito insignificante. ¿Cómo podrían entonces utilizar el sufragio universal para frenar el paso al socialismo? Por el contrario, si en el sufragio universal aparecen como una minoría insignificante se conformarán antes con su suerte a si el derecho electoral está de tal forma organizado que nadie pueda decir con certeza qué partido tiene en realidad tras de sí a la mayoría de la población. En realidad no se puede despojar de derechos solamente a un capitalista. ¿Quién es capitalista desde un punto de vista jurídico? ¿Un propietario?

Aun en un país económicamente tan avanzado como Alemania, cuyo proletariado es tan numeroso, la implantación de una república soviética despojaría de derechos políticos a grandes masas. En el año de 1907 el número de los pertenecientes a una profesión (asalariados y sus familias) de los tres grandes grupos de la agricultura, la industria y el comercio era en el imperio alemán, dentro del grupo de empleados y jornaleros, de unos 35 millones; el de los independientes, de 17 millones. O sea, un partido podría tener tras de sí muy bien a la mayoría de los jornaleros y formar, sin embargo, la minoría de la población. Por otra parte, los obreros, si votan juntos, no necesitan temer el derecho electoral universal de sus adversarios. El sufragio universal, que necesitan en la lucha contra el enemigo común, les unirá antes que la limitación de la lucha política a los soviets, de los que está excluido el enemigo de clase y en el que la lucha política de un partido socialista adopta únicamente la forma del combate a otros partidos socialistas. En lugar de la conciencia de clase se educa realmente el fanatismo de secta.

Y ahora la otra alternativa. Los capitalistas y sus seguidores no son una minoría, sino una gran masa que todavía sería capaz de formar una seria oposición sobre la base de un parlamento elegido por sufragio universal. ¿Qué se gana acallando a esa oposición en la institución legislativa?

Los capitalistas en sí sólo forman en todas partes una pequeña capa. Pero sus seguidores pueden ser muy fuertes en comparación con los socialistas. No hay que imaginarse que sólo gentes compradas o personalmente interesadas defiendan el capitalismo. Aparte del socialismo, el capitalismo es hoy en día la única forma posible de producción a un nivel elevado. Quien no considere posible el socialismo tendrá que estar, si es moderno, por el capitalismo, aun cuando no se halle interesado en él. Pero también de las capas atrasadas, anticapitalistas, están muchos por la propiedad privada sobre los medios de producción y con ello por aquello que engendra el capitalismo. En un país atrasado, por consiguiente, el número de las capas de la población que protegen directa o indirectamente al capitalismo puede ser muy fuerte. Su oposición no será reducida por el hecho de que se les despoje del derecho a voto. Con tanta más energía combatirán entonces las medidas del nuevo régimen tiránico. Con el sufragio electoral en la democracia total, todas las clases y grupos de intereses se encuentran representados, conforme a sus fuerzas, en la asamblea legislativa. Cada clase y cada partido puede criticar libremente cualquier proyecto de ley, señalar todas sus debilidades, pero reconocer también la grandeza del adversario que él encuentra en la población. En los soviets está excluida toda crítica adversa, las debilidades de una ley no se manifiestan tan claramente. Y nada se sabe sobre la resistencia que se elevará contra ella en la población. Sólo después, cuando la ley ya haya sido promulgada, aparecen las críticas y las resistencias. En lugar de aparecer las debilidades de la ley durante la *deliberación*, aparecen durante su *aplicación*. Así, el gobierno soviético se ha visto ya obligado, en leyes muy importantes, a no acatarlas, bien mediante ulteriores medidas o por medio de una aplicación negligente, dejando entrar por la puerta trasera a elementos que antes habían sido arrojados solemnemente por la delantera. Ya hemos

señalado que un derecho electoral profesional, en contraposición al universal, tiene la tendencia a limitar el horizonte de los participantes. Hay que dudar en que todo esto sea capaz de hacer menos doloroso el paso al socialismo que el sufragio universal y la libre discusión de todos los partidos representados de acuerdo a sus relaciones de fuerza.

No menos dudosa que su inocuidad es la constitución soviética de la dictadura del proletariado. Dictadura: seguramente. Pero ¿precisamente dictadura del proletariado?

Debido a la estructura económica de Rusia, los soviets sólo pudieron conquistar su posición dominante porque en 1917 no se limitaron únicamente al proletariado industrial urbano como lo hicieron en 1905. Esta vez organizaron también en soviets a los soldados y a los campesinos. Con la disolución del ejército los soldados perdieron su importancia numérica. El pequeño ejército que reclutaron los comisarios del pueblo se hizo importante para ellos más por sus bayonetas que por sus votos. Pero los votos del ejército rojo no desempeñaron sólo un papel insignificante. En diversos soviets (por ejemplo, en las últimas reelecciones en San Petersburgo) les fueron reservados una parte importante de los mandatos. Pero tanto más importantes fueron los votos de los campesinos, quienes hacían la gran mayoría de la población de Rusia. Bajo la constitución soviética formaron la mayoría de la población con derecho a participar en la legislación y en el gobierno. Lo que se nos presenta como *dictadura del proletariado* hubiese sido (de haberse aplicado en forma consecuente, y si una clase pudiese ejercer directamente la dictadura, lo que sólo es posible para un partido) una dictadura del *campesinado*. Parece, por consiguiente, que la aplicación menos dolorosa del socialismo se asegura cuando se la deja en manos de los campesinos. Pero si los campesinos hacen la mayoría en la organización soviética, ésta no abarca, por otra parte, a todo el proletariado.

Al principio no estaba claro quiénes podían organizarse en soviets y qué soviets podían adherirse a la organización general. Imperaba la opinión de que toda organización profesional podía formar un soviet y podía ser considerada como tal. Todavía el 28 de mayo ofrecía el *Leipziger Volkszeitung* un artículo titulado “La república soviética”, que provenía evidentemente de círculos bolcheviques. En él se decía:

“La representación soviética tiene las cualidades superiores de toda representación democrática, otorga *a todos los ciudadanos derechos completamente iguales*, todas las clases del país en cuestión gozan de *posibilidades completas* para obtener en los soviets una representación que se corresponda exactamente a sus fuerzas y a su peso específico social. Naturalmente que para ello han de organizarse antes, pero no siguiendo el esquema del democratismo tradicional en partidos, sino, de acuerdo a las nuevas formas democráticas, en organizaciones especiales de clases o de sindicatos.”

Lenin y sus secuaces pueden estar muy contentos con esa subordinación del partido socialdemócrata a la *organización sindical*. Pero también los reaccionarios, quienes desean sustituir el derecho electoral general e igualitario por un derecho de casta, encuentran aquí una flor de la que pueden libar miel. El defensor de la dictadura proletaria sigue diciendo:

“La burguesía como tal no tiene hasta ahora ninguna representación en los soviets no porque no esté permitida, sino porque boicotea por su parte al poder soviético y porque, además, no está dispuesta a organizarse según el esquema proletario.”

¿No está verdaderamente dispuesta a ello? ¿No ha oído hablar acaso nuestro amigo bolchevique de una organización de empresarios? ¿Y le parecen verdaderamente más peligrosos los capitalistas aislados con sufragio universal que organizaciones empresariales en la asociación soviética? Pero inmediatamente se nos enseña en qué

consiste la superioridad de la organización soviética con respecto al derecho electoral general:

“Puede suponerse, como es lógico, que no toda organización de lucha de la burguesía podría ser admitida en los soviets.”

Con otras palabras, la organización soviética presenta como gran ventaja ante el derecho electoral universal la de una mayor arbitrariedad. Puede excluir de su seno a todas aquellas organizaciones que considere enemigas. Ella “otorga a todos los ciudadanos derechos completamente iguales”, pero, “como es lógico”, éstos sólo los pueden ejercer en el espíritu del gobierno soviético. Mientras tanto se han dado cuenta, sin embargo, de que esto no funciona de esta forma. El último congreso panruso de los soviets, que fue clausurado el 12 de julio, elaboró una constitución para la república soviética rusa. Esta establece que no todos los miembros del imperio ruso, sino sólo determinadas categorías de ellos, tienen el derecho a elegir diputados para los soviets.

Sólo pueden votar aquellas personas “que adquieren los medios para su manutención mediante el trabajo productivo o de provecho general”. Pero ¿qué es “trabajo productivo o de provecho general”? Este es un concepto realmente elástico. No menos elástica es la reglamentación sobre aquellas personas que quedan excluidas del derecho electoral. Entre ellas se cuentan aquellos que “emplean a jornaleros con el fin de ganancia”. Un artesano que tenga algún ayudante puede vivir y sentir en forma completamente proletaria, pero no tendrá derecho a voto. Aún más proletarios se quedarán sin derechos mediante la resolución que quita el derecho a voto a comerciantes privados y a intermediarios. El obrero que se quede desempleado y que para ganarse su sustento abra una tienducha o venda periódicos perderá su derecho a voto.

Otra resolución excluye de ese derecho a todo aquel que “tenga ingresos exentos de trabajo, como, por ejemplo, porcentajes de capital, ganancias de empresas, ingresos de riquezas”. No se especifica qué grandes han de ser los “ingresos exentos de trabajo”, que acarrearán la pérdida del derecho a voto. ¿Se cuenta ya aquí la posesión de una libreta de ahorros? Algunos obreros, en pequeñas ciudades, por ejemplo, tienen una casita. Para poder mantenerse aceptan inquilinos. ¿Cae con ello en la categoría de ingresos exentos de trabajo? Hace poco hizo huelga en San Petersburgo la fábrica Obujov, “ese baluarte de la revolución”, como la llamara Trotsky en 1909 (*Russland in der Revolution*, pág. 83). Le pregunté a un camarada bolchevique cómo se explicaba esa acción de protesta en contra del gobierno soviético.

-Eso es muy fácil [me contestó], los obreros de esa fábrica son todos capitalistas, cada uno de ellos tiene una casita.

Se ve lo poco que hace falta para ser estampado de capitalista según la reglamentación electoral de la república soviética y para perder el derecho a voto.

Lo elástico de las resoluciones sobre el derecho electoral, que le abre de par en par las puertas a la arbitrariedad, no radica en el legislador, sino en el objeto. Nunca podrá precisarse jurídicamente con claridad el concepto de proletario.

Una resolución sobre la creación de una determinada dependencia que pruebe el derecho a voto de cada uno, que establezca listas de electores, que precise el procedimiento electoral, si secreto o público, elevando la mano; esto no lo he encontrado. El párrafo 70 dice: “El exacto orden electoral... será determinado por los soviets locales de acuerdo a las instrucciones del comité central panruso”.

En un discurso de Lenin, del 28 de abril, sobre el carácter socialista de los soviets se dice, entre otras cosas, lo siguiente: “1. Electores son solamente las masas trabajadoras y explotadas; la burguesía está excluida; 2. Se excluye toda formalidad

burocrática o limitación de las elecciones. Las masas mismas determinan el orden y la fecha de las elecciones”.

Parece entonces como si cualquier asamblea electoral pudiese organizar el procedimiento electoral a su antojo. Con ello se elevan al máximo la arbitrariedad y la posibilidad de desembarazarse de los molestos elementos de la oposición en el seno del proletariado.

Sea señalado únicamente de paso que la elección de los soviets suprarregionales es indirecta, lo que facilita igualmente el influir sobre las elecciones en contra de una oposición.

Por lo demás, todavía no ha podido impedirse que se manifieste también la oposición en los mismos soviets.

El “paso sin dolor” al socialismo necesita evidentemente el acallar toda oposición y crítica. Así el 14 de junio del presente año el Comité Ejecutivo Central Panruso adoptó la resolución:

“Los representantes del partido socialrevolucionario (del ala derecha y del centro) y los mencheviques son excluidos; al mismo tiempo se le propone a todos los soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos que arrojen de su seno a los representantes de esas fracciones.”

Esa medida no está dirigida en contra de determinadas personas que hayan cometido determinadas acciones delictivas. Si a alguien se le acusa de tal cosa en contra del régimen dominante será detenido sin contemplaciones, no hará falta excluirlo. En la constitución de la república no se dice nada de una inmunidad de los diputados al soviets. Aquí no se excluye a determinadas personas de los soviets, sino a determinados partidos. Pero, en la práctica, esto no significa otra cosa sino que todos los proletarios que se encuentren en esos partidos perderán su derecho a voto. Sus votos dejan de tener validez. Al respecto no existe un determinado límite. El parágrafo 23 de la constitución de la república soviética determina: “En interés de la clase obrera como un todo, la República Soviética Federativa, Socialista y Rusa le quita a diversas personas y a grupos enteros derechos de que abusan para perjudicar a la revolución socialista”.

Con ello se declara fuera de la ley a toda la oposición. Pues cada gobierno, aun con los revolucionarios, considera que la oposición abusa de sus derechos. Pero tampoco esto era suficiente para asegurar el paso sin dolor al socialismo. No habían hecho los bolcheviques más que desembarazarse, en los soviets, de la oposición de los mencheviques y del centro, así como del ala derecha de los socialrevolucionarios, cuando desataron la gran lucha entre ellos y los socialrevolucionarios de izquierdas, con los que habían formado el gobierno. Entonces también éstos fueron arrojados de los soviets.

De esta forma se va estrechando cada vez más en el seno del proletariado el círculo de los que participan de los derechos políticos sobre los que se basa el gobierno bolchevique. Partiendo de la pretensión de representar a la dictadura del proletariado, se estableció desde un principio la dictadura de un partido en el seno del proletariado. Durante un tiempo pudo representar la dictadura de la mayoría del proletariado sobre la minoría. Hoy esto es ya dudoso.

Y sin embargo, todo régimen, aun el dictatorial, tiene la necesidad de aparecer como la expresión de las necesidades de la mayoría, y, a saber, no sólo del proletariado, sino de todo el pueblo. Aun los bolcheviques no pueden renunciar a esto.

El *Populaire* parisiense, del 6 de julio, informa sobre una conversación que mantuvo Longuet con el embajador en Londres de la república soviética, Litvinov. Longuet apunta, entre otras cosas:

“Usted sabe, ciudadano Litvinov, que hasta aquellos camaradas de occidente que sustentan las mayores simpatías por su movimiento se encontraron afectados por la disolución de la asamblea constituyente. Por mi parte, ya se lo dije en Jänner cuando le vi la última vez. ¿No cree usted que ustedes, para adelantarse a los ataques que se preparan en su contra, tendrían que convocar, como sea, nuevas elecciones (para la asamblea constituyente)?”

A lo que repuso Litvinov:

“Esto es de momento imposible ante la situación actual. La democracia expresada en la forma de los soviets (expresión exacta de la voluntad de las masas) es la única forma de representación que se corresponde de momento a Rusia. Por lo demás, aquellos que protestaron contra las últimas elecciones soviéticas, funestas para ellos, atacarían también las elecciones para una nueva asamblea constituyente, en las que nosotros obtendríamos la mayoría con toda seguridad.”

El camarada Litvinov y sus amigos, que tan seguros están, ¿por qué no permiten nuevas elecciones?

Si éstas se celebrasen en completa libertad y arrojasen una mayoría bolchevique, el gobierno actual ganaría una base moral mucho más fuerte, tanto en el país como en el extranjero, mucho mayor de la que puede alcanzar, como gobierno soviético, con los actuales métodos de elección y gobierno. Sobre todo se le quitaría todo pretexto a la crítica socialista, toda la Internacional del proletariado combatiente se colocaría unánimemente, y con todo su poder, detrás de ellos.

¿Por qué entonces renunciar a tan enorme ganancia si se está tan seguro de tener la mayoría? ¿Por qué el sufragio universal no es válido de momento para Rusia y sólo la organización soviética se corresponde a sus necesidades? Pero ¿con qué se demuestra esa afirmación? Esto resulta, por cierto, comprensible si recordamos que todo gobierno gusta de identificarse con el país y de declarar que aquello que no le va a él tampoco le irá al país.

Algo hay que reconocer. La situación actual no es favorable a la preparación de elecciones para una asamblea constituyente. En la época en que fueron preparadas y celebradas las elecciones para la primera asamblea constituyente imperaba una cierta calma en el país. Hoy se encuentra toda Rusia dividida por las guerras civiles. Pero ¿ese resultado de nueve meses de república soviética nos ha de probar que la organización soviética es la adecuada para Rusia y aquella que provoca el paso al socialismo de la forma más inocua?

VIII La enseñanza objetiva

A los aspectos negativos aquí indicados del método dictatorial habrá que oponerle ahora los positivos: este ofrece una estupenda enseñanza objetiva, y aun cuando no pueda afirmarse, puede imponer mucho en el espíritu del proletariado, lo que ya no podrá hacerse irreversible.

Analicemos primero la enseñanza objetiva. Este argumento se corresponde evidentemente a la siguiente consideración: en la democracia, en la que domina la mayoría del pueblo, el socialismo puede llegar a su aplicación sólo cuando haya ganado a la mayoría para sí. Un camino largo y penoso. Llegamos mucho más rápido a la meta cuando una minoría enérgica y consecuente se apodera del poder estatal y lo utiliza para la aplicación de medidas socialistas. Sus éxitos actuarían inmediatamente de manera convincente, y la mayoría, hasta ahora reacia, se pronunciaría rápidamente por el socialismo.

Esto suena muy tentador y sonaba ya en la boca del viejo Weitling. Sólo tiene un error, que presupone precisamente aquello que ha de ser probado. Los adversarios del método dictatorial rechazan precisamente el que una minoría, sin la cooperación de las grandes masas del pueblo, pueda implantar una producción socialista. De fracasar el intento, esto ofrece una enseñanza objetiva, pero en dirección contraria: no una atrayente, sino una repelente.

Aquellas personas que se dejen influenciar por una enseñanza tal y no por el estudio y el análisis de las relaciones sociales, aquellos adoradores irreflexivos del simple éxito, no investigarán, en caso de que fracase el intento, las causas que lo hicieron fracasar. No buscarán las causas en lo desfavorable o en la inmadurez de las circunstancias, sino en el mismo socialismo, y llegarán a la conclusión de que no sirve para nada.

Se ve que la enseñanza objetiva tiene una parte muy peligrosa.

¿Cómo hemos de imaginárnoslo?

De manera popular podemos resumir el contenido del socialismo en las palabras: libertad y pan para todos. Esto es lo que esperan las masas de él porque están por él. La libertad no es menos importante que el pan. Aun clases pudientes y ricas han luchado por su libertad realizando los mayores sacrificios en vida y hacienda por defender sus convicciones. La necesidad de libertad, de autodeterminación, pertenece tanto a la naturaleza de los hombres como la necesidad de comer.

Hasta ahora la socialdemocracia le ofreció a las masas populares la enseñanza objetiva de que es la defensora incansable de la libertad para todos los oprimidos, no sólo para los jornaleros, sino también para las mujeres, para las religiones y razas perseguidas, para los judíos, negros, chinos, etc. Mediante esa enseñanza objetiva ha ganado simpatizantes por encima del círculo de los jornaleros.

Y ahora, en lo que la socialdemocracia llega al poder, esa enseñanza objetiva ha de ser suplantada por la contraria. Sus primeras acciones han de consistir en la abolición del sufragio universal y de la libertad de prensa, en despojar de derechos a amplias masas del pueblo, pues de esto se trata (hay que apuntar una y otra vez) al suplantarse la democracia por la dictadura. Para acabar con la influencia política de los diez mil de arriba no necesita excluirlos del derecho electoral. Esa influencia no la ejercen mediante su voto personal.

Todos los pequeños comerciantes, artesanos, los campesinos medianos y ricos, la mayor parte de los intelectuales, todas estas personas, en lo que la dictadura del proletariado les prive de derechos, se convertirán, por esa enseñanza objetiva, en enemigos del socialismo, aun cuando no lo hayan sido desde el principio. Igualmente se convertirán en enemigos de la dictadura proletaria todos aquellos que simpatizaban por el socialismo porque luchaba por la libertad de todos.

Con ello no podrá ganarse a nadie que no haya sido antes ya socialista. Sólo podrán incrementarse los enemigos del socialismo.

Pero, naturalmente, no sólo se pedía libertad, sino también pan. Esto ha de reconciliar a aquellos a los que la dictadura comunista les quite la libertad.

No son las mejores masas las que se contentan de la pérdida de la libertad con pan y juegos. Pero, sin duda alguna, el bienestar material atraería hacia el comunismo a muchos que antes se hubiesen mostrado escépticos o que se hubiesen separado de él por su política de privar de derechos. Pero ese bienestar ha de llegar de verdad, y rápidamente, no como promesa para el futuro, si ha de tener los efectos de una enseñanza objetiva.

¿Cómo ha de conseguirse ese bienestar? La necesidad de la dictadura presupone que una minoría de la población se haya apoderado del poder estatal. Una minoría compuesta de desposeídos. Pero el gran arma del proletariado radica en su número; en tiempos normales sólo pueden actuar a través de su número, sólo pueden conquistar el poder estatal cuando estén en mayoría. Como minoría sólo llegarán al poder mediante una conjunción de circunstancias extraordinarias, mediante catástrofes en las que se hunde un poder estatal, que deja al país abandonado y arruinado.

El socialismo, es decir, bienestar general en el seno de la moderna cultura, sólo es posible mediante el amplio despliegue de las fuerzas productivas que trae el capitalismo, mediante las enormes riquezas que él crea y que concentra en las manos de la clase capitalista. Un estado que ha dilapidado esas riquezas mediante una política absurda (una guerra perdida, por ejemplo) no ofrece ningún favorable punto de partida para la rápida difusión del bienestar en todas las capas.

Si como sucesor del poder estatal en bancarrota no entra un régimen democrático, sino uno dictatorial, la situación se empeora aún más y la guerra civil es la consecuencia necesaria. Los medios materiales que todavía quedan son destruidos por la anarquía.

Finalmente, bienestar para todos significa desarrollo ininterrumpido de la producción. La destrucción del capitalismo no es todavía el socialismo. Allí donde la producción capitalista no puede pasar inmediatamente a la socialista ha de seguir funcionando la anterior, de lo contrario se interrumpe el proceso de producción y se produce con ello la miseria de masas, a la que tanto teme el proletario moderno, bajo la forma de desempleo generalizado.

Sólo allí donde el proletariado se haya educado en la autoadministración cooperativista, sindical y comunal y haya participado en la legislación estatal y en el control al gobierno, y donde numerosos intelectuales se encuentren dispuestos a ponerse al servicio de la producción socialista, podrá ese proletariado suplantar sin perturbaciones al capitalismo allí donde la producción capitalista resulte imposible bajo las nuevas circunstancias.

En un país económicamente tan poco desarrollado que el proletariado sólo forma una minoría, no puede esperarse esa madurez del proletariado.

O sea, que ha de esperarse desde un principio que en todas partes en las que el proletariado sólo pueda afirmarse en el poder estatal mediante la dictadura, en contraposición a la democracia, las dificultades que se le presentan al socialismo son tan

grandes que resulta imposible el que la dictadura pueda aportar rápidamente el bienestar general, reconciliando de esta forma con el régimen de violencia a las masas populares privadas por ella de derechos políticos.

Vemos de hecho que la república soviética, a los nueve meses de su existencia, en lugar de extender el bienestar general se ve obligada a explicar de dónde proviene la miseria general.

Tenemos ante nosotros las “Tesis sobre la revolución socialista y las tareas del proletariado durante su dictadura en Rusia”, que provienen de la parte bolchevique. Una parte trata: “La dificultad de la situación”. Ahí se dice como tesis 28:

“28. El proletariado realiza el trabajo orgánico positivo bajo las mayores dificultades. Las dificultades de naturaleza interna son: desgastamiento e increíble agotamiento de la economía nacional, hasta su disolución, a causa de la guerra; la política de la clase capitalista antes de la revolución de octubre (la política consciente de desorganización, para implantar el “orden” dictatorial burgués después de la “anarquía”); el sabotaje general de la burguesía y de la intelectualidad después de la revolución de octubre; los permanentes levantamientos contrarrevolucionarios armados y no armados de los anteriores oficiales, de los generales, de la burguesía; *carencia de fuerzas técnicas y de preparación de la misma clase obrera*⁸; carencia de experiencia organizativa; la existencia de grandes capas de la pequeña burguesía, que es una clase desorganizada *par excellence*, etc.”

Todo esto es muy cierto. Pero ¿demuestra acaso otra cosa más que la inmadurez de las circunstancias? ¿Y no demuestra esto rotundamente que bajo esas circunstancias no puede pensarse en la Rusia actual en una “enseñanza objetiva”, en el espíritu del socialismo? Famosa enseñanza objetiva esta que necesita la polémica teórica porque lo que ha de ser mostrado todavía no puede hacerse visible de momento. ¿Se podrá convertir con ello a los que se oponían al socialismo y que sólo pueden ser convencidos por éxitos prácticos?

Por supuesto, un nuevo régimen se enfrentará a dificultades inesperadas. Es un error culpar a este régimen, como es natural, y desanimarse sin un examen más detenido de las circunstancias. Pero para perseverar, a pesar de estas dificultades, es necesario ganar de antemano una fuerte convicción de la justicia y la necesidad de este régimen. Sólo entonces se evitará la confusión. Los adoradores del éxito son siempre gente de poco fiar.

Así que nos vemos obligados a regresar a la democracia, que nos obliga a esforzarnos por iluminar y convencer a las masas mediante una propaganda intensiva antes de que podamos llegar al punto de hacer realidad el socialismo. En este caso, debemos repudiar de nuevo el método de la dictadura, que sustituye la convicción por lecciones objetivas obligatorias.

Esto no quiere decir que las lecciones objetivas no sirvan para nada en la realización del socialismo. Por el contrario, pueden desempeñar y desempeñarán un papel importante en esto, pero no a través de la dictadura.

Los distintos estados del mundo se encuentran en fases muy diferentes de desarrollo económico y político. Cuanto más capitalista es un estado, por un lado, y democrático, por otro, más cerca está del socialismo. Cuanto más se desarrolla su industria capitalista, mayor es su poder productivo, mayores son sus riquezas, más organizados socialmente sus trabajadores, más numeroso su proletariado; y cuanto más democrático es un estado, mejor entrenado y organizado es su proletariado. La democracia puede a veces reprimir su pensamiento revolucionario, pero es el medio

⁸ Cursivas del original. K.K.

indispensable para que el proletariado alcance la madurez que necesita para conquistar el poder político y llevar a cabo la revolución social. En ningún país está ausente un conflicto entre el proletariado y las clases dominantes, pero cuanto más ha progresado un país en el capitalismo, tanto mayor serán sus fuerzas productivas, tanto mayor sus riquezas, tanto más socializado el trabajo, tanto más numeroso su proletariado. La democracia frena a veces su pensamiento revolucionarios, pero es el medio indispensable para facilitarle esa madurez que necesita para ganar el poder político y para llevar a cabo la revolución social. En ningún país deja de haber conflictos entre el proletariado las clases dominantes, pero cuanto más avanzado en el capitalismo y en la democracia esté un país, mayores serán las esperanzas del proletariado de no lograr solamente una victoria pasajera, sino de mantener también su victoria.

Cuando un proletariado, en tales condiciones, tome el control del estado, descubrirá los recursos materiales e intelectuales suficientes para permitirle de inmediato dar al desarrollo económico una dirección socialista, e inmediatamente aumentar el bienestar general.

Esto proporcionará entonces una verdadera lección objetiva a los países que están económica y políticamente atrasados. Las masas de su proletariado no exigirán unánimemente medidas en la misma línea y también todos los demás sectores de las clases más pobres, así como numerosos intelectuales, exigirán que el estado tome el mismo camino hacia la prosperidad general. Así, por el ejemplo de los países progresistas, la causa del socialismo se volverá irresistible en países que hoy en día no están tan avanzados como para permitir a su proletariado por su propia fuerza conquistar el poder del estado, y poner en marcha el socialismo.

Y no es necesario que situemos este período en un futuro lejano. En una serie de estados industrializados, los requisitos materiales y morales para el socialismo parecen existir ya en medida suficiente. La cuestión del dominio político del proletariado es meramente una cuestión de poder, sobre todo de la determinación del proletariado de participar en una lucha de clases resuelta. Pero Rusia no es uno de esos estados industrializados líderes. Lo que se está jugando allí ahora es, de hecho, la última de las revoluciones burguesas, y no la primera de las revoluciones socialistas. Esto se muestra cada vez más claramente. Su actual revolución sólo podría asumir un carácter socialista si coincidiera con revoluciones socialistas en Europa occidental.

Que por una lección objetiva de este tipo en las naciones más desarrolladas, el ritmo del desarrollo social puede acelerarse, ya fue reconocido por Marx en el prefacio de la primera edición de *El Capital*:

“Las naciones pueden y deben escarmentar en cabeza ajena. Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de *la ley natural con arreglo a la cual se mueve* (y *la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna*), jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto.”⁹

A pesar de sus numerosas llamadas a Marx, nuestros amigos bolcheviques parecen haber olvidado por completo este pasaje, pues la dictadura del proletariado, que predicán y practican, no es más que un grandioso intento de despejar a pasos agigantados o eliminar por medio de promulgaciones legales los obstáculos que ofrecen las sucesivas fases del desarrollo normal. Piensan que es el método menos doloroso para la entrega del socialismo, para “acortar y reducir los dolores del parto”. Pero si vamos a continuar con la metáfora, entonces su práctica nos recuerda más a una mujer

⁹ Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página XV.

embarazada que realiza los ejercicios más tontos para acortar el período de gestación, lo que la hace impaciente, y provoca un aborto.

El resultado de tales procedimientos es, por regla general, un niño incapaz de vivir.

Marx habla aquí de la lección objetiva que una nación puede dar a otra. Pero para el socialismo se plantea otro tipo de enseñanza objetiva, la que puede ofrecer una forma de empresa altamente elevada a las formas atrasadas.

La competencia capitalista tiende por doquier a eliminar las empresas atrasadas, pero bajo condiciones capitalistas es esto un proceso tan penoso que los amenazados buscan defenderse por todos los medios. De aquí que el modo de producción socialista encontrará una buena cantidad de empresas técnicamente atrasadas. A saber, en la agricultura, donde la gran empresa sólo hace escasos progresos, hasta llegándose a atrasar a veces.

Pero la producción socialista sólo se puede desarrollar sobre la base de la gran empresa. La agricultura socialista tendrá que limitarse al principio a la socialización de las grandes empresas que encuentre. Si logra al particular buenos resultados, como es de esperar (si en lugar del trabajo asalariado, que en la agricultura sólo alcanza resultados insatisfactorios, coloca el trabajo de hombres libremente asociados; si se organizan las relaciones de los obreros en las grandes empresas socialistas en forma más favorable que entre los pequeños campesinos), entonces se puede esperar, con toda seguridad, que éstos pasen voluntariamente en masa al nuevo modo de producción si la sociedad pone a su disposición los medios necesarios. Antes no. En la agricultura el capitalismo le prepara muy insuficientemente el terreno al socialismo. Y es completamente ilusorio el querer convencer teóricamente a los propietarios campesinos de las ventajas del socialismo. En la socialización de la agricultura campesina sólo puede ayudar la enseñanza objetiva. Pero ésta presupone una determinada extensión de la gran empresa agrícola. La enseñanza objetiva actuará tanto más rápida y eficazmente cuanto más extendida se encuentre la gran empresa en el país.

El objetivo de los demócratas pequeñoburgueses (tomado de los socialdemócratas partidarios de David, y quizás aún más acentuado en ellos: la destrucción de toda gran empresa agrícola y su división en empresas enanas) se opone en la forma más crasa al socialismo en la agricultura y, así, en la sociedad en general.

La característica más notable de la actual revolución rusa es su trabajo en el espíritu de Eduard David. El, y no Lenin, le otorga la verdadera tendencia a la revolución.

Esta es la enseñanza objetiva que ofrece. En verdad, da muestras de su carácter burgués.

IX El legado de la dictadura

La agricultura

La dictadura no sólo ha de ofrecer la mejor enseñanza objetiva para la propaganda socialista, sino que por la vía hacia el socialismo, y por sus propios hechos, acortará el camino en el sentido en que no podrá mantenerse y se derrumbará antes de haber logrado su meta. Según esperan sus seguidores, dejará mucho que no podrá ser eliminado después, quitará muchas cosas de en medio del camino que después no podrán volver a ser construidas.

También esa concepción, como muchas otras, se basa en la observación de la gran revolución francesa, de la revolución burguesa, en cuyo curso se encuentran todavía aquellos que estampan y condenan de “burgués” todo aquello que no les parece bien, para los cuales la democracia es sólo un prejuicio burgués.

La observación es correcta, pero las conclusiones que se sacan de ello son distintas a las que sacan los defensores de la dictadura. Esta puede solucionar muchas cosas en forma más radical que la democracia, pero lo que sale de ahí no es siempre precisamente lo que quieren los dictadores. Por muy alto que se encuentren éstos por encima de los otros poderes del estado, de una cosa siguen siendo siempre dependientes: *de las bases materiales de la sociedad*. Son estas bases, y no la voluntad de los dictadores, las que deciden sobre los efectos sociales que habrá de tener la dictadura.

El impulso más poderoso del terror en la revolución francesa fueron los proletarios y los semiproletarios pequeñoburgueses de París. Lo que querían era la igualación de los bienes, la destrucción de los grandes bienes. Y esto lo lograron también en gran parte. Pero destruyeron también de manera más profunda a como ocurriera en cualquier otra parte de Europa los restos feudales, y abrieron así de la forma más eficaz el camino para la irrupción de los grandes bienes capitalistas, los que inmediatamente después del derrocamiento del terror surgieron como setas del suelo. Ese, y no la igualdad económica, fue el legado de aquella dictadura de los igualitarios.

Para enterarnos de cuál será la herencia económica de la actual dictadura de los soviets no hemos de analizar, de igual manera, únicamente sus intenciones, deseos y ordenanzas, sino la estructura económica del imperio. Esta es la decisiva.

Esta investigación puede que le parezca a alguien de una aburrida pedantería, no compatible con el fuego revolucionario que irradiaba un Marx. Nadie puede decir con precisión lo que pensaría o haría Marx en la situación actual. Pero es seguro que una pedantería aburrida es el único procedimiento compatible con el materialismo histórico, cuya fundación pertenece a los inolvidables méritos de Carlos Marx. Marx hubiese rechazado como charlatán huero a una persona que creyese que, en las cuestiones del conocimiento, el entusiasmo está por encima de la comprensión.

La base económica de Rusia sigue siendo hoy en día la agricultura, en concreto la pequeña explotación campesina. De ella viven cerca de cuatro quintas partes, quizá hasta las cinco sextas partes, de sus habitantes. En el año de 1913 se calculaba en Rusia

(sin Finlandia) la población urbana en 24.000.000, y la que vivía en el campo, en 147.000.000. La inmensa mayoría de esta última son campesinos. Con la revolución en nada ha cambiado esa proporción. En el último año hasta ha aumentado. Numerosos obreros han regresado al campo. En las ciudades el hambre ha asolado con más fuerza que entre los campesinos.

Hasta la revolución los campesinos vivieron bajo una presión semifeudal. Si bien la reforma de 1861 acabó con la servidumbre haciendo formalmente del campesino un hombre libre. Pero esto no fue la obra de una revolución, sino la obra de un absolutismo patriarcal, que se preocupó paternalmente porque los grandes terratenientes no perdiesen nada con la reforma, sino que ganasen a ser posible. El campesino tuvo que pagar su libertad con la pérdida de una parte de la tierra que había venido utilizando hasta la reforma, y tuvo que pagar muy caras las tierras que le fueron asignadas. La superficie promedio de una explotación campesina era mayor que en Europa occidental. En Rusia, antes de la revolución, las explotaciones con menos de 5 deciatinas (5 hectáreas) a 100 sólo el 10,6% de todas las explotaciones campesinas; en Francia, por el contrario, las explotaciones de 5 y menos hectáreas, el 71,4%, y en Alemania, el 76,5% (Matsloff, *Die Agrarfrage in Russland*, Stuttgart, 1907, pág. 19). Pero la agricultura rusa se encuentra tan retrasada por el desconocimiento de los campesinos, la técnica primitiva, la carencia de ganado y abono que produce mucho menos que en Europa occidental. En Francia, la producción de trigo por deciatina es de 70,5 pud (1 pud = 16,38 ks); en Alemania, 77 pud; en Rusia, por el contrario, sólo 28,2 pud (Matsloff, pág. 20).

De ahí que el campesino, después de su liberación, se encontrase materialmente en una situación peor que la anterior. Se empobrecía; su explotación no avanzaba, sino que retrocedía. Para no morir de hambre tenía que tomar tierras en arriendo de los terratenientes o trabajar como jornalero en las tierras que esos propietarios explotaban a gran escala. En la mayoría de los casos se veía obligado a tomar anticipos por el trabajo que tenía que realizar, con lo que caían en una servidumbre de deuda que era con frecuencia mucho más oprimiente y desesperanzada que la servidumbre anterior.

La cuestión no se mejoraba por el hecho de que la producción de los campesinos llegase al mercado, tanto del país como del extranjero. Con ello recibía dinero en mano y la posibilidad de ahorrar dinero. Pero esto sólo se podía alcanzar a expensas de la alimentación de los campesinos. Antes había consumido él mismo la mayor parte de sus productos porque no encontraba mercado para ellos. Ahora encontraba mercado y vendía todo lo más que podía, quedándose con lo menos posible. De esta forma todo año malo se convertía en un año de hambre.

Cuando el campesino podía ahorrar dinero no lo utilizaba para mejorar su explotación, sino para adquirir más tierras.

El período que va de 1863 a 1892, la compra y venta de parcelas agrícolas en la Rusia europea fue la siguiente:

	Compra (en millones de rublos)	Venta (en millones de rublos)
Nobles	821	1.459
Comerciantes	318	135
Campesinos	335	93

O sea, las tierras de los nobles se reducían, mientras que las de los campesinos aumentaban junto a las de la burguesía urbana. Pero más rápidamente todavía

aumentaba la población rural, y así, pese a que la superficie campesina aumentaba algo, disminuía en promedio la que le tocaba a un campesino. Al mismo tiempo, bajo los efectos de la economía monetaria, ayudada por la legislación, disminuía cada vez más el comunismo de aldea, el que de tiempo en tiempo había provocado una cierta equiparación en las tierras de los diversos campesinos. Algunos se hicieron ricos, y tanto más se empobrecieron los otros. Pero ambos, tanto ricos como pobres, veían con creciente codicia las tierras de los grandes terratenientes, de las que esperaban su salvación. El cambio de las relaciones de propiedad en el campo era lo que anhelaban, se convirtieron en una clase revolucionaria. Su anhelo encontró expresión y configuración en la intelectualidad revolucionaria de las ciudades. Los socialistas de Rusia estaban de acuerdo en que una revolución en el campo era tan indispensable para Rusia como el derrocamiento del absolutismo zarista. Pero entre los socialistas se formaron dos tendencias. Los unos pensaban que el comunismo de aldea primitivo capacitaba a los campesinos y, con ellos, a toda Rusia para saltar inmediatamente al socialismo, si bien a un socialismo muy peculiar. Esta tendencia adoptó diversas formas, finalmente la de los socialrevolucionarios. A ella se oponían los marxistas, quienes defendían el principio de que Rusia, al igual que cualquier otro país, “no podía, por ley natural, saltarse etapas de desarrollo o abolirlas por decreto”, de que la revolución futura sólo podría acabar con los restos del feudalismo y acelerar el desarrollo capitalista, sobre cuya base maduraría un proletariado educado en la nueva democracia conquistada, y que entonces, a la misma altura del proletariado de la Europa occidental, podrían alcanzar el socialismo junto a éste.

Todos los socialistas, sin diferencias de tendencias, estaban de acuerdo en apoyar al campesinado en su lucha por acabar con los restos del feudalismo. Esto les fue claramente consciente a los campesinos en la revolución de 1905. Desde ese momento, la colaboración de los campesinos con los socialistas, por mediación de los socialrevolucionarios, adoptó formas cada vez más estrechas. Así, después de la revolución de 1917, surgió la organización de los soviets como una organización no sólo proletaria, sino también campesina.

El latifundio se hizo insostenible debido a la revolución. Esto se manifestó inmediatamente con claridad. Se hizo inevitable el traspasárselo a la población campesina. Mientras tanto no se estaba en modo alguno de acuerdo en las formas en que esto tendría que realizarse. Diversas soluciones eran imaginables. Desde un punto de vista socialista, lo más racional hubiese sido tomar a las grandes explotaciones como propiedad estatal y ponerlas a funcionar en forma cooperativista apoyándose en los campesinos que habían trabajado en ellas hasta entonces como jornaleros. Pero esta solución presupone un proletariado rural que Rusia no poseía. Otra solución hubiese sido poner el latifundio en propiedad estatal, pero dividiéndolo en pequeñas parcelas para arrendárselas a los campesinos pobres. Entonces se hubiese realizado algo del socialismo.

Pero la pequeña propiedad tiende, allí donde puede, a la propiedad privada absoluta sobre sus medios de producción. Hasta ahora ha mostrado este carácter por todas partes, y el campesino ruso no representa ninguna excepción a las tradiciones del comunismo de aldea. La destrucción de los grandes bienes y su división era su programa, y era lo suficientemente fuerte como para imponerlo. Nadie podía impedirlo.

Hubiese radicado en interés del mismo campesinado el que el reparto hubiese sido realizado en forma sistemática, en que la tierra les fuese dada a aquellos que más las necesitaban y que también las podían utilizar. Sólo había una autoridad que hubiese

podido imponer un reparto sistemático: la asamblea constituyente, la representante de la voluntad global de la nación, incluyendo a la gran mayoría de los campesinos.

Pero ésta se hizo esperar mucho tiempo. Los campesinos comenzaron a ayudarse por doquier a sí mismos, con lo que fueron destruidos valiosísimos medios de promoción. La organización soviética acabó entonces con toda esperanza de regular la cuestión agraria por medio de la asamblea constituyente al dejar en manos de los campesinos que hiciesen lo que quisieran con las tierras de los grandes terratenientes y que las repartiesen a su antojo. Una de las primeras resoluciones del gobierno soviético ordenaba:

“1. La gran propiedad sobre la tierra es abolida inmediatamente sin indemnización.

2. Los bienes de los terratenientes, así como los bienes de rentas, conventos y los de la iglesia, así como con todos sus bienes muebles e inmuebles, sus edificaciones y todas sus herramientas, pasarán a disposición de los comités de tierras provinciales y de los consejos distritales de diputados campesinos hasta que la asamblea constituyente decida sobre la cuestión agraria.”

La reseña a la asamblea constituyente quedó como letra muerta. En realidad, los campesinos de las diversas provincias pudieron hacer lo que quisieron con las propiedades.

Con esto quedaba excluida desde un principio una igualación entre provincias ricas, con muchos campesinos grandes, y provincias pobres, con muchos campesinos pequeños. En las diversas provincias tampoco existían garantías sobre quiénes recibirían la tierra. Allí donde dominan los ricos campesinos, bien por su número o por su influencia, se toman para sí la parte del león del gran latifundio. No existe una estadística general del reparto de tierras. Pero son muchos los que afirman que los campesinos ricos fueron los que salieron mejor parados por regla general en el reparto de tierras.

Es evidente que tampoco la república soviética aportó una solución a la cuestión agraria en el sentido de igualar la propiedad sobre la tierra. Esto lo reconoce ella misma. En sus comienzos, los soviets campesinos formaron la organización del *campesinado* por excelencia. Hoy anuncia que los soviets representan las organizaciones de los proletarios y de los *pobres* campesinos. Los bien acomodados perdieron el derecho a votar en los soviets. El campesino pobre es reconocido aquí como producto duradero y masivo de la reforma agraria socialista de la “dictadura del proletariado”, pero en muchas aldeas ha de formar la minoría, de lo contrario sería absurdo el querer protegerla privando del derecho a voto a los campesinos grandes y medianos. En todo caso forma una parte considerable del campesinado ruso.

Con esa distribución de la propiedad parece conformarse la república soviética. Y hace bien en ello. Podría irle muy mal si quisiera atentar contra la propiedad privada campesina.

En todo caso incide en la relación entre los campesinos ricos y pobres, pero no mediante una nueva distribución de la tierra. Con el fin de paliar la carencia que tienen los habitantes de las ciudades en víveres fueron enviados a las aldeas destacamentos de obreros armados, los que les quitaron a los campesinos ricos sus excedentes en víveres. Una parte se le asignó a la población urbana, otra a los campesinos pobres. En ello se puede ver sólo una medida de emergencia, así como una medida limitada a ciertas regiones (las inmediaciones de las grandes ciudades). Para aplicarla en todas partes hubiese sido insuficiente todo el poder armado de las ciudades. De ningún modo podrá igualar así a ricos y pobres en el campo, ni aunque repita este método año tras año. Aunque esto sería el método más eficaz para arruinar completamente a la agricultura.

Allí donde se produce de manera privada, y donde el productor tiene que contar con que se le quitará todo el excedente de producción que le quede después de cubrir sus necesidades, limitará entonces su producción al mínimo indispensable. Esta es una de las causas de la ruina de la agricultura en algunos países del despotismo oriental, en los que el recaudador de contribuciones quita a los campesinos todo excedente por encima de lo indispensable. Un caso similar se presentaría en Rusia. El socialismo quiere alcanzar la igualación de las diferencias económicas mediante la socialización de los medios de producción y del modo de producción. Con ello la sociedad se hace también dueña de los productos. Así puede elevar al máximo la producción y distribuir los productos según criterios de finalidad social y justicia.

Por el contrario, dejar que sigan existiendo la propiedad privada sobre los medios de producción y la producción privada, e imponer regularmente contribuciones a los excedentes obtenidos por los productores, significa arruinar la producción, independientemente de que ésta esté al servicio de un déspota oriental o de una dictadura proletaria.

Naturalmente que lo mismo no reza para aquellos casos en que se aplica este procedimiento sólo como una regla de emergencia temporal. A veces esto puede ser indispensable. No de otra forma han sido pensadas las actuales expropiaciones de campesinos acomodados. No cambian en nada la estructura social de la sociedad rusa. Sólo introduce un nuevo elemento de perturbación y de guerra civil en el proceso de producción, el que para su saneamiento necesita urgentemente calma y seguridad.

Aun cuando la dictadura de los soviets tuviese la fuerza y la voluntad para realizar una nueva distribución de la tierra y para distribuir el suelo en forma completamente igualitaria, no se ayudaría con esto mucho al campesino, pues dada la actual primitiva producción del campo en Rusia no habría suficiente para darle a cada campesino la tierra que pudiese sacarle de la miseria.

Con razón dice el Mastloff en el libro ya varias veces citado:

“El intento de equiparar las economías sólo se puede realizar sobre la base de la pobreza general; el querer hacer ricos a todos, manteniendo la propiedad privada sobre los medios de producción, es una vulgar utopía. Si bien ese tipo de igualdad es irrealizable, existe, por el contrario, la igualdad de pobreza en muchas regiones, y la extensión de un estado de cosas tal será difícil que pueda entusiasmar a alguien. Independientemente de cómo se amplíe la producción campesina, siempre habrá demasiado poco terreno para poder enriquecer a todas las explotaciones campesinas.

La intención de meter a la fuerza la vida campesina en los marcos del ideal pequeñoburgués (igualdad económica en todos los pequeños propietarios) no sólo es utópica, sino también reaccionaria (pág. 240).”

Elevar económicamente al campesinado de Rusia en su totalidad es algo que, dado el actual número de población y los campos labrantíos existentes, no se puede lograr con ningún tipo de distribución de la tierra. Para ello es necesario el paso a formas de explotación más elevadas que requieren una educación general mejor de la población agrícola y el que ésta sea mejor equipada con ganado, herramientas, máquinas y abonos químicos; condiciones estas que son difícilísimas de alcanzar sobre la base de una pequeña agricultura generalizada.

Como las condiciones para la agricultura capitalista intensiva sólo están escasamente desarrolladas en Rusia y todavía empeoradas por la revolución en muchos aspectos, resulta que las condiciones para la producción socialista no existen en modo alguno, pues sólo pueden surgir sobre la base de la gran empresa con una técnica agrícola altamente desarrollada. Sólo una técnica tal, la aplicación de la ciencia y de las máquinas y procedimientos más perfectos, así como una amplia distribución del trabajo,

serán adoptadas y establecidas donde resulten ventajosas, bien porque arrojen una alta producción o ahorren trabajo. Sería completamente inútil el querer organizar la gran explotación agrícola sobre la base de la técnica primitiva y de la incultura del pequeño campesino ruso. Bien es verdad que en los círculos bolcheviques se habla de vez en cuando de la implantación de una agricultura socialista, después de que se han destruido los grandes bienes y han sido distribuidos entre los campesinos. Hemos reflexionado ya sobre las tesis de la revolución socialista y las tareas del proletariado durante su dictadura en Rusia. La 24ª de ellas dice:

“Y ahora hay que mencionar la expropiación absoluta de los terratenientes. La tierra fue declarada “bien común”; las tareas posteriores son las siguientes: organización de la agricultura estatal; explotación colectiva de los antiguos latifundios; unificación de las pequeñas economías en grandes unidades como administraciones colectivas (las llamadas “comunidades agrícolas”).”

El hecho de que algo sea declarado como tarea no significa desgraciadamente que haya sido solucionado. La agricultura colectiva está condenada en Rusia a quedarse en el papel. En ninguna parte, en ningún tiempo se ha logrado convencer teóricamente a los pequeños campesinos para que pasen a la producción colectiva. Las cooperativas campesinas abarcan todas las ramas posibles de la economía, con excepción de una fundamental: lograr la tierra. La agricultura sobre la base de la pequeña producción crea por doquier necesariamente la tendencia a la separación de las diversas pequeñas explotaciones entre sí y a mantener la propiedad privada sobre la tierra. Así ocurrió en Europa y en América, y así se repite en todo el mundo. ¿Ha de ser precisamente el campesino ruso un hombre fenomenal y tan excepcional que no se someta a la ley general? Quien lo considere como un hombre común y corriente y lo compare a los campesinos del resto del mundo considerará una ilusión la esperanza de que sobre la base de la actual agricultura rusa podría establecerse una agricultura socialista.

La revolución en Rusia ha realizado más bien lo mismo que realizó Francia en 1789 con sus repercusiones en Alemania. Mediante el barrido de los restos del feudalismo, la propiedad privada sobre la tierra se hizo más pura y fuerte de lo que había sido antes. Ha hecho de los campesinos (quienes hasta ahora estaban interesados en el derrocamiento de la propiedad territorial, es decir, de la grande) sólo enérgicos defensores de la nueva propiedad privada sobre los medios de producción, así como la producción mercantil; pero ambas cosas forman la base de la que surge necesariamente una y otra vez la producción capitalista, por mucho que sea perturbada temporalmente y hasta destruida.

Hasta los mismos campesinos pobres no piensan en renunciar al principio de la propiedad privada sobre la tierra. No quieren mejorar su situación mediante la explotación colectiva, sino mediante la ampliación de sus tierras, es decir: de su propiedad privada. Las ansias de tierra que caracterizan siempre a los campesinos se convierten ahora, después de la destrucción de los grandes bienes, en el apoyo más poderoso de la propiedad privada. Como tal se caracteriza el campesino en todos los estados en los que el feudalismo ha sido superado. Como tal es cuidado y mantenido por las clases poderosas como su tropa de protección más segura. En Rusia no ocurrirá de otra forma.

Este será el resultado más seguro y duradero de la actual “dictadura del proletariado de los campesinos más pobres” en Rusia.

El interés del campesino por la revolución se extingue en cuanto se ha asegurado su nueva propiedad privada. Se levantará contra todo poder que quiera restablecer al viejo latifundio a sus expensas. Pero no tiene ningún interés por seguir más allá de eso.

Y al igual que se extingue su interés por la revolución, se apaga también su interés por los que han venido siendo sus aliados: el proletariado urbano.

Cuanto más retrocede la producción del campesino para el consumo propio, cuanto más produce para el mercado y cuanto más depende de sus ingresos monetarios, tanto más se encontrará interesado en la elevación de los precios de sus productos. Este es el interés que le domina después de superado el feudalismo. Pero esto no le pone en contradicción con el latifundio, que comparte con él este interés y es en esto su aliado, sino con la población no agrícola, urbana e industrial. Sobre todo con los obreros, a quienes han de entregar una parte de sus ingresos en víveres mayor que a la burguesía y quienes tienen el mayor interés en que se conserven muy bajos los precios de los comestibles.

Mientras existe el feudalismo, los campesinos y las capas bajas de las ciudades son los mejores aliados. Esto lo demuestran en sus luchas, desde la guerra campesina alemana de 1525 hasta la revolución francesa de 1789. En el momento en que se ha realizado la revolución burguesa comienza el paso del campesino al campo enemigo del proletariado urbano. En él no se encuentran únicamente los grandes campesinos y los grandes terratenientes, sino también los pequeños campesinos, aun en las repúblicas democráticas como Suiza.

El paso de los pequeños campesinos a ese campo no se ha producido de un solo golpe; sino paulatinamente, en la medida en que las tradiciones de lucha contra el feudalismo se retrasan y la producción para el consumo propio es reemplazada cada vez más por la producción para el mercado. Así también en nuestras filas se ha mantenido largamente la concepción que Marx defendía todavía en 1871 en su escrito sobre la guerra civil en Francia, como si los campesinos pudiesen participar en la próxima revolución proletaria al igual que lo hicieron en las revoluciones burguesas, hombro con hombro, con el proletariado. Todavía hoy buscan los socialistas gubernamentales un programa agrario, es decir, un programa que les otorgue a los campesinos interés por la lucha de clases proletaria. Pero la praxis muestra por doquier una contradicción creciente entre proletariado y campesinado.

En el campo sólo tienen el mismo interés que el proletariado urbano aquellos elementos que son proletarios, es decir, que no viven de la venta de productos agrícolas, sino de la venta de su fuerza de trabajo, del trabajo asalariado.

La victoria del proletariado depende de la extensión del trabajo asalariado en el país; proceso este que sólo avanza lentamente, a veces, no por la ampliación de la gran explotación agrícola, pero muy rápidamente por la instalación de empresas industriales en el campo. Sin embargo, la victoria proletaria depende de que la población urbana e industrial crezca más rápidamente que la rural y agraria. Y este es un proceso que avanza rápidamente. En la mayoría de los estados industriales la población rural no sólo descende de manera relativa, sino hasta absoluta. En el imperio alemán la población rural era en 1871 todavía el 26,2 millones de 41.000.000 en total, o sea: el 64% de la población total; en 1910 todavía 25,8 de 65.000.000, o sea: el 40%. La población agrícola es todavía inferior a la población rural. En el primer censo profesional de 1882 era de 19,2 millones con un total de 45,2 millones, o sea: el 42,5% de la población total; en 1907 todavía 17,7 de 61,7 millones: 28,7%. De esos 17,7 millones eran trabajadores autónomos sólo 11,6 millones; jornaleros, 5,6 millones, y el resto, empleados. La población campesina hace así sola una sexta parte de la población total del imperio alemán. Por el contrario, los proletarios, con cerca de 34.000.000 ya en 1907, eran más de la mitad de la población. Desde entonces han aumentado fuertemente, no estarán muy lejos de hacer las dos terceras partes de la población.

De un tipo completamente distinto son las relaciones en Rusia. Hemos señalado ya lo increíblemente grande que es el porcentaje del campesinado. El que éste hiciese causa común con el proletariado posibilitó el triunfo de la revolución, pero señaló el carácter *burgués* de esa revolución. Cuanto más culmina y se fortalece como tal, es decir, cuanto más segura se hace la nueva propiedad privada campesina, tanto más se prepara el terreno para una economía capitalista, por un lado, y, por el otro, para una contradicción creciente entre campesinos y proletarios. Las tendencias económicas que actúan en esa orientación son predominantes en la etapa de la Rusia actual y aun la más violenta dictadura no podrá romperlas. Más bien las fomentará como dictadura de los campesinos.

La industria

De otro tipo que la agricultura es la industria de Rusia. También ésta arroja todavía muchas formas primitivas, pero la parte *capitalista* de esta industria muestra precisamente, en sus partes positivas, sus formas más modernas y desarrolladas. Y también el proletariado industrial de Rusia, junto a numerosos analfabetos provenientes del campo y que todavía están presos en la estrechez de las concepciones aldeanas, tienen no pocos elementos que han adquirido todo el conjunto de la educación moderna que se encuentra hoy a disposición del proletariado; que están llenos de los mismos intereses teóricos que Marx recalaba y alababa entre los obreros alemanes, los que se encontraban impulsados con unas ansias de educación que son frecuentemente aniquiladas entre los obreros de la Europa occidental por el pequeño trabajo democrático.

¿No podría organizarse ya sobre esa base un modo de producción socialista?

Podría pensarse esto, si el socialismo consistiese en que los obreros de diversas fábricas y minas se apropiasen de sus empresas para dirigirlas por separado en forma especial.

Precisamente mientras escribo estas líneas (5 de agosto) viene de Moscú un discurso de Lenin del 2 de agosto, en el que dice:

“Los obreros mantienen las fábricas firmemente en sus manos y los campesinos no le devolverán las tierras a los latifundistas.”

La consigna: “la fábrica a los obreros, las tierras a los campesinos” no había sido hasta ahora una reivindicación socialdemócrata, sino una reivindicación anarquista y sindicalista. La socialdemocracia exige: las fábricas y las tierras para la sociedad.

Un campesino aislado puede labrar sus tierras, en caso de necesidad, sin relaciones con otras explotaciones. Por el contrario, una fábrica moderna se encuentra en medio de una red de interrelaciones sociales y no puede vivir aislada. No es suficiente que los obreros de una fábrica se apoderen de ella, aun cuando sean lo suficientemente inteligentes y disciplinados como para administrarla correctamente. La fábrica no puede estar ni un solo día en funcionamiento sin los suministros de otras empresas, sin materias primas, sin carbón, sin materias auxiliares de todo tipo, sin venta regular de sus productos. Si fallan los productores de materias primas, las minas o los medios de transporte, entonces falla también la fábrica. Su administración como fábrica socialista presupone que haya sido creada toda una red de la producción social. Sólo cuando la sociedad puede hacer esto será posible la producción socialista.

La socialdemocracia no exige la entrega de la fábrica a sus obreros, sino que busca la producción social, la producción para cubrir las necesidades de la sociedad en lugar de la producción mercantil, y esto sólo se puede alcanzar mediante la propiedad

social sobre los medios de producción. También los bolcheviques anunciaron la nacionalización de las fábricas, no su paso a las manos de los obreros. Esto último significaría únicamente el paso a una nueva forma de capitalismo, como han señalado las experiencias con numerosas cooperativas de producción. Los nuevos propietarios defenderían su propiedad como una posición privilegiada ante los retrasados que buscasen trabajo, filas estas que van llenando constantemente el campesinado ruso con sus insuficientes partes de tierra.

Una superación duradera del capitalismo no es posible por el solo hecho de que se le dé las fábricas a los obreros ocupados en ellas, sino solamente por medio de la entrega de los medios de producción a la sociedad, es decir, a la totalidad de los consumidores, para que pueda ser producido para cubrir sus necesidades. O sea, como propiedad del estado o, si se trata sólo de medios de producción locales, de las comunidades, eventualmente también de las cooperativas de consumo.

También se ha tratado en Rusia de seguir este camino. No puede preverse qué lejos llegarán por él. Esta parte de la república soviética es, en todo caso, de un gran interés para nosotros, pero todavía se encuentra completamente en las tinieblas. No faltan decretos al particular, pero faltan noticias fehacientes sobre la actuación de los decretos. Una producción socialista es imposible sin unas estadísticas amplias, detalladas, seguras y que informen rápidamente. Pero la república soviética no ha podido llegar todavía a establecer una estadística así. De lo que nos informamos sobre su actuación económica resulta altamente contradictorio y no puede ser probado.

También esto es una de las causas de la dictadura y de la opresión de la democracia. Como faltan las libertades de prensa y de expresión, y como no existen ninguna corporación representativa en la que estén representadas todas las clases y partidos y en la que puedan expresar su opinión, los dictadores reales caen en la tentación de hacer que sólo lleguen a la opinión pública aquellas noticias que son de su agrado. Hagan uso de esta posibilidad o no, falta la confianza hacia sus comunicaciones. Al particular no calla la crítica, sino que busca canales subterráneos. Se extiende mediante la transmisión de boca a boca casi tan rápidamente como la comunicación pública, pero sin el control de la opinión pública. El rumor no conoce fronteras. Así somos inundados de noticias desde todas partes, noticias que se contradicen entre sí y ante las que hemos de reaccionar con desconfianza.

Qué resultados traerán los intentos socialistas del gobierno soviético es algo que todavía no se puede establecer, ni siquiera prever, con cierta aproximación. Pero ¿si pudiesen crear algo en ese campo que no pudiese volver a ser anulado, que fuese duradero, aunque no pudiese afirmarse?

El que destruya rápidamente al capitalismo es algo que nadie le toma a mal. Puede destruir con seguridad mucha propiedad capitalista, convertir a muchos capitalistas en proletarios, pero esto no es igual al establecimiento de una producción socialista. En la medida en que esto no resulte, volverá a surgir el capitalismo, tendrá que surgir, surgirá probablemente en forma muy rápida y provocará en la dictadura del proletariado sólo un cambio de personas. En lugar de los anteriores capitalistas, que se convirtieron en proletarios, entrarán proletarios e intelectuales, que se convertirán en capitalistas. Tendrán las mayores esperanzas de sacar la mayor tajada aquellos que se coloquen rápidamente al lado de aquel gobierno que pueda afirmarse como el último en el caos y que pueda llevar a éste a un estado de normalidad. Ya ahora se ha visto impelido el gobierno soviético a hacerle diversos compromisos al capital. Ya el 28 de abril confesaba Lenin en su citado artículo (comunicado por el servicio noticioso de la "Comisión Socialista Internacional") de que se había procedido con demasiada rapidez en la expropiación del capital:

“Si prosiguiésemos con la expropiación al mismo ritmo, sufriríamos seguramente una derrota. La organización de la producción bajo control proletario se ha quedado atrasada evidentemente con respecto a la expropiación del gran capital.”

Pero se trata precisamente de esta organización. Nada más fácil para un dictador que el expropiar. Pero el establecer un gran organismo del trabajo social y el ponerlo en funcionamiento no es algo para lo que sean suficientes un decreto y la guardia roja.

Pero la república soviética tuvo que retroceder ante el capital alemán mucho más que ante el ruso, reconociendo sus exigencias. Todavía es dudoso en qué medida volverá a imponerse en Rusia el capital de la Entente. Todo parece indicar que la “dictadura del proletariado” sólo ha destruido al capital ruso para dejar sitio al alemán o al norteamericano.

A fin de cuentas, sea como sea, hay que esperar que la socialización de muchas ramas industriales, que ha sido iniciada por el gobierno soviético, se mantenga aun cuando éste sea derrocado; y es aquí, junto a la destrucción del gran latifundio, donde hay que buscar la segunda gran medida de la dictadura del proletariado, que no puede volver a hacerse irreversible. Esto es tanto más probable por cuanto aquí vemos un movimiento que se desarrolla en todos los estados modernos, aun en los capitalistas. La miseria de la guerra lo ha provocado (recordemos la nacionalización de los ferrocarriles en Norteamérica), la miseria de la paz lo hará avanzar. Por doquier hemos de esperar el monopolio fiscal.

Pero esto demuestra ya que la economía estatal no es socialismo todavía. El que lo sea o no depende del carácter del estado.

Pues bien, el estado ruso es un *estado campesino*. Y lo es hoy más que nunca, pues el campesino ha sentido su propio poder. En Rusia, como en cualquier otra parte, no está en condiciones de ejercer su poder directamente en el estado, sus condiciones de vida no le hacen propicio a ello. Pero no tolerará más ningún poder que no defienda sus intereses, incluso en contra del proletariado urbano.

En contraposición a la producción mercantil campesina también la industria estatal tendrá que producir para el mercado, no para el propio consumo del estado. Pero su centro de venta mejor, su mercado interno, estará formado precisamente por el campesinado.

De la misma manera que el campesino está interesado en altos precios para los productos agrícolas que vende, está también interesado en bajos precios para los productos industriales que compra. Frente a la industria privada, le resulta completamente indiferente cómo se forman esos precios bajos, si a expensas del jornal de los obreros o de la ganancia. No tiene ningún interés en grandes ganancias del capital industrial privado.

Otra cosa ocurre, sin embargo, con la economía estatal. Cuanto más altos sean sus beneficios, menor será la parte de los ingresos estatales que hay que cubrir con impuestos, y que en un estado campesino provienen fundamentalmente de los campesinos. El campesino se encuentra tan interesado en altas ganancias de las empresas estatales como en bajos precios para sus productos, pero esto significa *jornales bajos*.

Aquí vemos de nuevo la fuente de una contradicción entre campesinos y obreros industriales, una contradicción que se acentúa en la medida en que se extienda la economía estatal.

Esta contradicción, y no el socialismo, será el verdadero legado de la revolución rusa.

Sería evidentemente falso el echarle la culpa de ello al bolchevismo. Mucho de lo que se le echa en cara es la consecuencia necesaria de las relaciones que él ya

encontró dadas, y hubiese aparecido con igual seguridad bajo cualquier otro régimen. Pero pertenece a la esencia de la dictadura el agudizar todas las contradicciones existentes y el llevarlas a un extremo.

El hambre no ha sido creada por la dictadura, sino por la mala economía del zarismo y por la guerra. Pero el que la agricultura y los transportes pudiesen restablecerse tan poco en el medio año de posguerra es una consecuencia de la guerra civil, la que es bajo la dictadura la única forma de oposición, y por eso resulta inevitable cuando existen vivos intereses políticos en las masas.

También la disolución del ejército fue un proceso que el bolchevismo encontró ya iniciado. Pero él mismo se ha vanagloriado de haberlo fomentado de la manera más activa y de haber impuesto con ello el tratado de paz, una paz que ya no le entusiasma ni a él mismo.

Así también la destrucción del gran latifundio por parte del campesinado fue un proceso que ya había comenzado antes de que los bolcheviques se apoderasen del poder político, y que dada la gran mayoría de campesinos nadie hubiese podido impedir. Pero la disolución de la asamblea constituyente contribuyó a que se perdiese hasta el último rastro de influencia social sobre la utilización del gran latifundio expropiado y su reparto quedó como una pura arbitrariedad privada de los más próximos interesados.

Finalmente, la aparición de la contradicción entre campesinos y obreros industriales es también un fenómeno que no se puede evitar, que surge necesariamente de las relaciones económicas dadas. La dictadura bolchevique no es responsable de eso. Pero también aquí su poder ha creado relaciones que agudizan y profundizan la contradicción. Con la disolución de la asamblea constituyente y la disolución del ejército se perdieron los dos elementos que podían haber protegido a Rusia de la ruina y de la división. Ahora se encuentran separadas de ella precisamente aquellas regiones agrícolas más ricas de la Rusia anterior. Si esto sigue siendo así, si Siberia, por ejemplo, llegase a separarse también, dejaría de ser un país exportador de cereales o de víveres en general. Los precios de los productos agrícolas de Rusia vendrán entonces a estar determinados sólo por su mercado interior, no por su mercado exterior.

Pero esto es un estado de cosas en el que se manifiesta de la forma más crasa la contradicción entre campesinos y obreros industriales. En los países que tienen una gran exportación agrícola la contradicción entre industria y agricultura adopta más bien la forma de una contradicción entre estados que entre clases, la forma de una contradicción entre estado industrial y estado agrario. La verdadera Rusia ha dejado de ser ahora por la paz de Brest-Litovsk un estado exportador agrario, y ha recibido una estructura que ha de provocar de la manera más rápida y violenta luchas económicas entre campesinos y obreros industriales.

De todas formas, no se pueden evitar nunca del todo estas luchas. Y tanto más importante será entonces para una política previsora preparar el terreno sobre el que habrán de lidiar las contradicciones, con el fin de que el proletariado pueda desplegar de la forma mejor sus fuerzas. Preparar ese terreno no sólo frente al capital, sino también frente al sector agrario, era durante la revolución la tarea más importante para los representantes del proletariado ruso. Pero esto no significa otra cosa más que el fortalecimiento continuo de la *democracia*.

Esta tarea de la lucha de liberación proletaria, que no es menos importante que la implantación de la producción social, es, en contraposición a ésta, insoluble también en un estado agrario.

El campesinado, como toda clase trabajadora, exige también la democracia. Se puede sentir muy bien en una república democrática, como lo demuestran Suiza y los Estados Unidos. Pero el interés político del campesino pasa rara vez mucho más allá de

los límites de su aldea, en contraposición a los del proletariado industrial, cuya liberación de la dominación que le impone toda la maquinaria estatal no puede ser de tipo local. El campesino puede entusiasmarse por un emperador que sea un emperador de los campesinos, que proteja sus propiedades y que defienda sus intereses, como es el caso de Napoleón I. El campesino ruso se opondrá a un retorno del régimen zarista, que está para él unido al retorno de los viejos latifundistas a quienes él odiaba a muerte. Pero un dictador que le asegure su propiedad y que le permita dedicarle toda su atención a labrar sus tierras y a vender ventajosamente sus productos, un dictador así puede ser, y bajo determinadas circunstancias, tan bien recibido como una república. A ese dictador se le abre el camino mediante la eliminación de la democracia, mediante la proclamación de la dictadura de una clase, que en realidad es la dictadura de un partido, y que, como declara el mismo Lenin, puede llegar a ser la dictadura de personas individuales. En su discurso del 28 de abril dice:

“Cuanto más nos acerquemos a la completa opresión de la burguesía, tanto más peligroso se volverá para nosotros el elemento del anarquismo pequeñoburgués. La lucha en su contra sólo puede realizarse por medio de la violencia. Si no somos anarquistas hemos de reconocer la necesidad de un estado, es decir, de una coacción para el paso del capitalismo al socialismo. La forma de esa coacción estará determinada por el grado de desarrollo de la clase revolucionaria en cuestión, así como por circunstancias especiales, como guerras reaccionarias, la forma de resistencia de la burguesía y de los pequeñoburgueses. Por eso no existe una contradicción de principios entre los soviets, es decir, entre la democracia socialista y la aplicación *del poder dictatorial por personas aisladas.*”

Pero nada puede haber más peligroso a la larga para el proletariado ruso que el familiarizar a los campesinos con la idea de que la forma de gobierno que se corresponde mejor a los intereses de la clase obrera es la dictadura, la prohibición de toda oposición, la abolición del derecho electoral y de las libertades de prensa y organización para toda clase enemiga. ¿Qué será entonces de los obreros urbanos si entrasen en conflicto con las inmensas masas del campesinado ruso y una dictadura que sea reconocida por las mismas?

¿Y qué será de los obreros cuando caiga su propia dictadura? La alternativa a la dictadura de un partido es su destrucción. La dictadura conduce a que el partido que sustenta las riendas del poder tenga que procurar mantenerse por todos los medios, sean estos limpios o sucios, porque su derrocamiento equivale a su derrumbamiento total.

Otra cosa ocurre con la democracia. Esta significa dominio de la mayoría, pero también protección de la minoría, pues significa igualdad de derechos, igualdad de participación en todos los derechos políticos para todos, independientemente de la clase o el partido a que pertenece. El proletariado tiene por siempre el mayor interés en la democracia. Allí donde represente la mayoría, será ella su instrumento de poder; allí donde se encuentre en minoría, formará su mejor terreno para luchar, para afirmarse, para arrancar concesiones, para desarrollarse. Evidencia una miope política realista, es decir, del momento en que un proletariado que se encuentre en minoría y que haya llegado al poder mediante una constelación momentánea en alianza con otra clase, quiera eternizar esa constelación mediante la abolición de la democracia, de los derechos de la minoría y de la oposición. El mismo se destruye el terreno que le permitiría, después de que pasase esa constelación del momento, asentar pie firme para nuevos trabajos y nuevas luchas.

Es dudoso que el proletariado ruso haya ganado realmente más conquistas prácticas, no decretos en la república soviética, de los que hubiese podido ganar con la asamblea constituyente, en la que predominaban igualmente, al igual que en los soviets,

los socialistas, aun cuando fuesen de otras tendencias. Pero es seguro que cuando la república soviética se derrumbe, entonces también amenazarán con derrumbarse todas las conquistas del proletariado ruso.

Si la asamblea constituyente hubiese logrado fortalecer la democracia, entonces se hubiesen fortalecido también todas las conquistas que el proletariado industrial hubiese logrado con ella y a través de ella. Aun hoy nuestras esperanzas de que el proletariado ruso no sea engañado y pierda todos los frutos de la revolución, se basan únicamente en la creencia de que a la dictadura no le será posible matar la conciencia democrática en el pueblo ruso, y que ésta acabará por imponerse finalmente de manera triunfal después de todos los errores y desaciertos de la guerra civil.

No es en la dictadura, sino en la democracia, donde radica el futuro del proletariado ruso.

X La nueva teoría

Hemos visto que el método de la dictadura, ni desde un punto de vista general de la teoría, ni desde uno especial de las relaciones rusas, le promete buenos éxitos al proletariado; sin embargo, se torna comprensible precisamente por esas relaciones.

La lucha contra el zarismo era desde hace tiempo una lucha contra un sistema de gobierno que ya no encontraba ninguna base en las relaciones sociales, que sólo se podía mantener mediante la violencia pura, y que tenía que ser derrocado por la violencia. Esto podía conducir fácilmente a un culto de la violencia también entre los revolucionarios, a una sobrestimación de lo que se puede realizar no a través de las relaciones económicas, sino mediante circunstancias especiales a través de la violencia desatada. A esto se añadió que la lucha en contra del zarismo tenía que ser clandestina, pero la conjura desarrolla los hábitos y costumbres de la dictadura, no de la democracia.

A estos factores se oponen evidentemente otra actuación de la lucha en contra del absolutismo. Ya hemos apuntado que el absolutismo, en forma muy distinta a la democracia (con su cantidad de trabajo minúsculo y metas del momento), despierta el interés por grandes nexos causales y grandes metas, haciendo surgir el interés teórico. Pero hoy sólo existe una teoría revolucionaria de la sociedad: la de Carlos Marx.

Esta pasó a ser la teoría del socialismo ruso. Esta enseña precisamente la limitación de nuestra voluntad y de nuestro poder debido a las condiciones materiales, muestra la impotencia de la voluntad más fuerte del que quiera elevarse sobre ellas. El culto a la violencia pura actuó en contra de esto y trajo consigo el que los socialdemócratas estuviesen de acuerdo en que sus actos en la revolución futura estarían sometidos a determinados límites y que, debido al retraso económico de Rusia, ésta sólo podía ser al principio una revolución burguesa.

Entonces llegó la segunda revolución y les trajo de súbito a los socialistas una plenitud de poder que les sorprendió a ellos mismos, pues esa revolución condujo a la total disolución del ejército, último sostén de la propiedad y el orden burgués. Y al mismo tiempo, junto a los medios de la violencia, se derrumbaron también los apoyos morales de este orden; ni la iglesia ni los intelectuales pudieron mantener su prestigio. El poder cayó en manos de las clases más bajas en el estado, de los campesinos y obreros; pero los campesinos no forman una clase capaz de gobernar por sí misma. Estos se dejaron dirigir voluntariamente por un partido proletario que les prometió una paz inmediata a cualquier precio y aplacar inmediatamente su hambre de tierra. El mismo partido se atrajo a las masas de los proletarios porque les prometió, junto a la guerra, también pan.

Así el partido de los bolcheviques alcanzó la fuerza para atraerse el poder político. ¿No se había dado con esto finalmente la premisa que habían exigido Marx y Engels para el advenimiento del socialismo: la conquista del poder político por parte del proletariado? Evidentemente, pero la teoría económica, rechazaba el que la producción socialista pudiese ser alcanzada inmediatamente bajo las condiciones sociales rusas, y no menos rechazaba esto el hecho, corroborante de esta concepción teórica, de que el nuevo régimen no representaba en modo alguno el poder aislado del proletariado, sino el poder de una coalición de elementos proletarios y burgueses que lograba imponerse haciendo que cada parte permitiese que la otra obrase a su antojo en su campo. Los

proletarios no les pusieron impedimentos a los campesinos en el campo, y los campesinos tampoco se los pusieron a los proletarios en las fábricas.

A fin de cuentas, un partido socialista se había convertido en partido dominante en un gran estado: por primera vez en la historia mundial. Con toda seguridad, un acontecimiento glorioso para el proletariado combatiente.

¿Pero para qué otra cosa ha de utilizar un partido socialista su poder si no es para la aplicación del socialismo? Tuvo que dedicarse inmediatamente a esta tarea y, sin contemplaciones y sin reservas, apartar de su camino lo que se le oponía. Si la democracia entraba en conflicto con el nuevo régimen (que pese a la gran popularidad que había ganado tan rápidamente no disponía de la mayoría de los votos en el imperio), tanto peor para la democracia. Entonces tenía que ser substituida por la dictadura, lo que resultaba posible de la forma más fácil por cuanto la libertad popular era de fecha muy reciente en Rusia y no había echado todavía profundas raíces en las masas populares. La tarea de la dictadura era entonces aplicar el socialismo. Esa enseñanza objetiva tenía que entusiasmar no solamente a los elementos vacilantes en el propio país, sino impulsar también a los proletarios de los otros países capitalistas a imitarles y a desencadenar la revolución.

Esto fue ciertamente una idea de grandiosa audacia y poderoso estímulo para todos los proletarios, para todos los socialistas. Por lo que habíamos luchado durante medio siglo, lo que siempre se había estado retrasando, ¡tenía que ser alcanzado por fin! No es de admirarse entonces que los proletarios de todos los países festejasen el bolchevismo. El hecho del poder proletario pesaba más que las consideraciones teóricas. Y la generalizada conciencia de la victoria fue además fomentada por el desconocimiento mutuo de las relaciones imperantes en el vecino. Sólo a pocos les es dado estudiar países extranjeros; la mayoría cree que en el extranjero ocurre, en realidad, como en el propio país; y allí donde no se cree esto, se forman fantásticas representaciones del extranjero.

De ahí la cómoda concepción de que por doquier impera el mismo imperialismo, de ahí la esperanza de los socialistas rusos de que los pueblos de Europa occidental se encontraban tan cerca de la revolución política como en Rusia, y, por otra parte, la esperanza de que los elementos para el socialismo se encontraban dados en Rusia de igual manera que en la Europa occidental.

Lo que se produjo entonces, una vez que el ejército fue totalmente disuelto y la asamblea constituyente había sido abolida, fue la consecuencia de la orientación emprendida.

Todo esto es muy comprensible, aun cuando no sea satisfactorio. Pero menos comprensible es el que nuestros camaradas bolcheviques no se conformasen con explicar su proceder por la situación peculiar de Rusia y la justificasen por la presión de las especiales condiciones que, según su opinión, no les dejaban otra alternativa que dictadura o abdicación. Más bien pasaron por sobre esto fundamentando su proceder y cimentándolo con una teoría completamente nueva, para la que exigen validez general.

Esto nos lo explicamos por una de sus características, que nos ha de resultar muy simpática: la de su gran interés teórico.

Los bolcheviques son marxistas, habían entusiasmado por el marxismo a las capas proletarias que simpatizaban con ellos. Pero su dictadura contradecía la tesis marxista de que un pueblo, por ley natural, no puede saltarse etapas de desarrollo o abolirlas por decreto. ¿Para qué sacar en su contra una fundamentación marxista?

Entonces se acordaron a tiempo de las palabritas 'dictadura del proletariado', que Marx había utilizado una vez en 1875 en una carta. El quiso designar con esto una

condición política, no una forma de gobierno. Y de repente la expresión se utilizó para designar una forma así, y precisamente la que había surgido con el poder de los soviets.

Pero Marx no había dicho que, bajo determinadas circunstancias, tenía que producirse una dictadura del proletariado; él había señalado ese estado de cosas como el inevitable del paso al socialismo. Es verdad que había declarado casi al mismo tiempo que en países como Inglaterra y Norteamérica sería posible un paso pacífico al socialismo, lo que sólo sería alcanzable sobre la base de la democracia, no de la dictadura; con ello había demostrado él mismo que por dictadura no entendía la abolición de la democracia. Los defensores de la dictadura no dejaron que esto les ofuscara. Como Marx había declarado una vez que la dictadura del proletariado era inevitable, proclamaron que la constitución soviética y el dejar sin derechos a los adversarios de los soviets habían sido reconocidos por el mismo Marx como la forma de gobierno adecuada a la esencia del proletariado y unida inevitablemente a su poder. Como tal, ha de durar tanto como el mismo dominio del proletariado, hasta que el socialismo haya sido aplicado en todas partes y, con ello, hayan sido eliminadas todas las diferencias de clases. La dictadura aparece así no como una medida de emergencia pasajera que, en lo que vuelvan a presentarse tiempos tranquilos, le habrá de ceder el paso de nuevo a la democracia, sino como un estado de cosas hacia el que nos tenemos que orientar por mucho tiempo.

De acuerdo con esto, la novena y décima de las “Tesis sobre la revolución social” dicen:

“9. Hasta ahora se enseñaba la necesidad de la dictadura proletaria sin haber analizado la forma de esa dictadura. La revolución socialista rusa ha descubierto esa forma: es la forma de la república soviética como forma de dictadura permanente del proletariado y (en Rusia) de las capas más pobres del campesinado. Al particular es importante notar lo siguiente: aquí no se trata de un fenómeno pasajero en el sentido estrecho de las palabras, sino de la forma estatal durante toda una época histórica. Aquí se trata precisamente de organizar una nueva forma estatal que no ha de ser confundida con algunas determinadas medidas en contra de la burguesía; las medidas son sólo funciones de la especial organización estatal que han de adecuarse a las gigantescas tareas de la lucha.

10. El sentido de la dictadura proletaria se entiende, por decirlo así, como estado de guerra permanente en contra de la burguesía. Por lo tanto, resulta completamente claro que todos aquellos que gritan sobre los “actos de violencia” de los comunistas olvidan completamente lo que significa en realidad la dictadura. La misma revolución es un acto de “violencia cruda”. La palabra dictadura no significa otra cosa que régimen de violencia en todos los idiomas. Importante es aquí el contenido de clase de la violencia. Con ello se determina la justificación histórica de la violencia revolucionaria. Resulta también completamente claro que cuanto más difícil sea la situación de la revolución, tanto más dura ha de ser la dictadura.”

Pero con ello se determina también que la forma de gobierno de la dictadura no sólo ha de ser permanente, sino que ha de presentarse en todos los países. Si ahora se acaba en Rusia con la libertad general recientemente conquistada, entonces tendrá que suceder lo mismo, tras la victoria del proletariado, en los países en los que la libertad popular está profundamente arraigada, donde existen desde hace un siglo o más, donde el pueblo la ha ganado y defendido en repetidas revoluciones sangrientas. Esto afirma con toda seriedad la nueva teoría. Y lo más extraño: esta teoría no sólo encuentra eco entre los obreros de Rusia, los que recuerdan la opresión del viejo zarismo y se alegran ahora de poderle dar la vuelta a la tortilla, al igual que los aprendices se alegran, cuando llegan a ser oficiales, de poder pegar por su parte a los aprendices que vienen detrás de

ellos devolviendo los golpes que recibieron. No, la nueva teoría encuentra eco hasta en viejas democracias, como Suiza. Pero todavía hay algo más extraño y menos comprensible.

Una democracia perfecta no se puede encontrar en ninguna parte, por doquier hemos de luchar por cambios y mejoras. También en Suiza se combate por la ampliación de la legislación popular y del sistema electoral proporcional, así como por los derechos de la mujer. En Norteamérica el poder y el modo de elegir a los jueces supremos necesitan imperiosamente una limitación. Todavía mayores son las reivindicaciones democráticas que hemos de exigir y aplicar en interés del proletariado en los grandes estados burocráticos y militares a favor de la democracia. Y en medio de esas luchas se levantan los más radicales de los combatientes y le gritan al enemigo: esto que exigimos para proteger a la minoría, a la oposición, lo queremos sólo mientras seamos minoría y oposición. Cuando nos convirtamos en mayoría y lleguemos al poder gubernamental, nuestro primer acto será el abolir todo aquello que hemos venido pidiendo hasta ahora para nosotros: elecciones, libertad de prensa, libertad de organización, etc.

La tesis sobre la revolución socialista dicen al particular sin el menor ocultamiento:

“17. La reivindicación anterior de la república democrática, así como de libertades generales (es decir, de libertades también para la burguesía) era justa en la ya pasada época, en la época de la preparación y acumulación de fuerzas. El obrero necesitaba la libertad de su prensa mientras la prensa burguesa le era perjudicial; sin embargo, en esa época no podía plantear la reivindicación de la destrucción de la prensa burguesa. Por eso exigía el proletariado libertades generales, hasta la libertad para las asambleas reaccionarias, para las organizaciones de obreros negros.

Ahora es la época del ataque directo contra el capital, del derrocamiento directo y de la destrucción del estado de rapiña imperialista, de la represión directa a la burguesía. De ello que esté absolutamente claro que en la época actual la defensa de principios de las libertades generales (es decir, también para la burguesía contrarrevolucionaria) no sólo sea innecesaria, sino hasta perjudicial.

Esto es válido también para la prensa, la organización dirigente de los socialtraidores. Estos últimos se han desenmascarado como los factores más activos de la contrarrevolución: hasta se lanzan con las armas en la mano en contra del gobierno proletario. Apoyándose en los antiguos oficiales y en las arcas del capital financiero derrotado, se presentan como los más enérgicos organizadores de diversas conspiraciones. Son enemigos mortales de la dictadura proletaria. Por eso han de ser tratados como tales.

Pero en lo que respecta a la clase obrera y al campesinado pobre, éstos poseen la libertad más absoluta.”

¿Poseen realmente la libertad más absoluta?

Los “socialtraidores” son también proletarios y socialistas, pero están en la oposición y han de ser, por lo tanto, despojados de derechos, al igual que la oposición burguesa. Pero allí donde un gobierno burgués quiera utilizar la misma receta en contra de su oposición, ¿no hemos de indignarnos de la forma más exaltada y luchar en su contra con todas las fuerzas?

Seguro que tenemos que hacer eso, pero tendremos sólo un éxito irrisorio cuando el gobierno burgués pueda apuntar convicciones socialistas como las anteriores y señalar prácticas resultantes de ellas.

Cuántas veces no les hemos reprochado a los liberales que en el gobierno se porten en forma distinta que en la oposición, que entonces abandonan todas sus

anteriores reivindicaciones democráticas. Pues bien, los liberales son, al menos, lo suficientemente inteligentes como para abandonar también esas reivindicaciones desde un punto de vista formal. Actúan según el principio: eso se hace, pero no se dice.

Los autores de las tesis son indiscutiblemente más honrados; el que sean más inteligentes hay que dudarlo. ¡Qué hemos de pensar de la inteligencia de los socialdemócratas alemanes, que proclaman abiertamente que abolirán la democracia por la que hoy luchan el mismo día en que triunfen! O bien que cambian por lo contrario sus principios democráticos, o que carecen de ellos, que la democracia sólo es para ellos una escalera para trepar hasta el poder gubernamental, una escalera que ya no necesitarán y que arrojarán en el momento en que hayan llegado arriba; con una palabra: que son oportunistas revolucionarios.

También para los revolucionarios rusos es una miope política del momento el recurrir a los métodos de la dictadura con el fin de mantenerse en el poder, y no para defender a la democracia amenazada, sino para imponerse en contra de ella. Pero esto es comprensible.

Incomprensible resulta, por el contrario, el que socialdemócratas alemanes, que todavía no están en el poder, que más bien representan de momento sólo una oposición débil, acepten esa teoría. En lugar de ver en la dictadura y en el despojamiento de derechos a amplias masas populares algo que hemos de condenar en general y que, todo lo más, se puede entender como el producto de relaciones excepcionales como las que ofrece Rusia, se dedican más bien a ensalzar ese método como un estado de cosas por el que ha de luchar también la socialdemocracia alemana.

Esta afirmación no sólo es completamente falsa. Es nociva en alto grado; en caso de que tenga aceptación general tendría que paralizar de la manera más profunda la fuerza propagandística de nuestro partido. Pues, con excepción de un pequeño grupo de fanáticos sectarios, todo el proletariado alemán y todo el proletariado internacional son fieles al principio de la democracia general. Rechazarán indignados toda idea de comenzar su gobierno con la formación de una nueva clase privilegiada y de una nueva clase despojada de derechos. Rechazará toda idea de ponerle una reserva mental a su lucha por los derechos generales de todo el pueblo, y a luchar en realidad sólo por privilegios.

Y no con menor fuerza rechazará la cómica arrogancia de declarar ya hoy solemnemente que su reivindicación por la democracia sólo es una mentira.

La dictadura, como forma de gobierno, es tan comprensible en Rusia como lo fue antes el anarquismo de Bakunin. Pero comprender no significa reconocer, hemos de rechazar con decisión tanto lo uno como lo otro. La dictadura no se manifiesta como un medio de un partido socialista que llega al poder en un estado en contra de la mayoría del pueblo y la utiliza para asegurar su poder, sino sólo como un medio para imponerse tareas que están por encima de sus fuerzas y en cuya solución se agota y se desgasta; para lo cual no hace más que comprometer fácilmente la idea del socialismo, no fomentar sus progresos, sino frenarlos.

Afortunadamente, un descalabro de la dictadura no ha de significar todavía el derrumbamiento de la revolución. Esto sólo ocurriría si la dictadura bolchevique fuese el simple prólogo de una dictadura burguesa. Las conquistas esenciales de la revolución serán salvadas si se logra suplantarse a tiempo la dictadura por la democracia.

/

Consulta nuestro catálogo



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balias, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frenca, Cintia y Gaido, Daniel
- Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Escritos
- Kautsky, Karl
- Mehring, Franz
- Munis, G. Obras Completas y otros textos
- Murphy, Kevin
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Plejánov, G. V. , obras
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta también el catálogo de nuestro sello hermano **Edicions Internacionals Sedov**

Edicions internacionals Sedov



- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
 - *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
 - *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *Lenin: dos textos inéditos*
 - *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
 - *Obres escollides de Lenin en català*
 - *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *Rosa Luxemburg en castellano*
 - *Trotsky inédito en Internet y castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*
- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional* ›